# LA ILÍADA

## O EL SITIO DE TROYA



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas de utilidad pública por R. O. de 29 de Julio de 1912

# LA ILÍADA

O

# EL SITIO DE TROYA

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

*Barcelona 21 de Octubre de 1914*

Nihil osbtat

**El Censor**

**Fran.co de P. Ribas y Servet**

PRESBITERO

**Barcelona 21 Octubre de 1914**

Imprímase

El Vicario Capitular,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de S. Sría.,
**Lic. Salvador Carreras, Pbro.**
*Scrio. Canc.*

*Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de* **"Colección de obras maestras al alcance de los niños"** *dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.*

El Vicario Capitular:
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría
Dr. P. VALLÉS, Pbro,
*Pro.-Scrio.*




El dormido corazón de Helena se llenó de recuerdos

# LA ILÍADA
## O
## EL SITIO DE TROYA

RELATADA A LOS NIÑOS
POR
**JEANIE LANG**
CON ILUSTRACIONES DE
W. HEATH ROBINSON

TRADUCCIÓN Y ADAPTACIÓN
DE
MANUEL VALLVÉ



SEGUNDA EDICIÓN

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

# ÍNDICE



## LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

# PRÓLOGO

Dentro de la colección ARALUCE, no podía, ciertamente, faltar una adaptación de *La Ilíada*, obra estimada como la mejor de Homero, y acaso la más perfecta que existe.

El genio de su autor ilumina brillantemente desde hace unos tres mil años toda la literatura del mundo, pues tanto la Ilíada como la *Odisea*, —que también hemos publicado en otro volumen,—han sido los copiosos manantiales en que bebieron los más famosos poetas de todos los tiempos, inspirándose en la elevación de ideas que en ellas campea, en la variada belleza de su estilo y en la novedad de sus argumentos.

*La Ilíada,* es el relato del sitio de Troya, famosa ciudad del Asia Menor que tras un sitio de diez años cayó en poder de los griegos. El título de la obra deriva del nombre Ilión, por el cual se conocía entonces a la ciudad de Troya.

Esta fué destruída varias veces y otras tantas reedificada, llamándose sucesivamente Pérgamo, Ilión, Nueva Ilión, Antigonia y Alexandría Troas, conociéndose actualmente sus ruinas con el nombre de Eski-Stambul, (Vieja Constantinopla).

Nos atrevemos a esperar que la lectura del brevísimo extracto de esta obra maestra, que presentamos, os inspire, cuando mayores, el deseo de leer íntegramente las obras de Homero, uno de los más grandes genios de la humanidad. Lo conseguiremos y daremos por bien empleado el tiempo y el trabajo que nos ha costado hacer esta adaptación, pues la primera edición se ha vendido en pocos meses.

Para terminar, nos es grato hacer constar que esta traducción y adaptación se ha hecho teniendo a la vista, además de la adaptación inglesa de Jeanie Lang, dos notabilísimas traducciones castellanas, una en verso de Don José Gómez Hermosilla, y otra en prosa de Don Luís Segalá y Estalella, de modo que, a ellos, y no a nosotros, corresponde todo el mérito que pudiera tener nuestro modesto trabajo.

## CAUSAS DEL SITIO DE TROYA

En el espeso bosque que cubría el monte Ida, no lejos de la fuerte ciudad de Troya, Paris, hijo del Rey Príamo, guardaba una noche los rebaños de su padre.

De improviso surgió de lo profundo del bosque una luz esplendorosa, cual si juntamente brillaran el sol y la luna, y envueltas en el nimbo de aquella radiante luz, el joven distinguió a las tres diosas más bellas de Olimpo; a la majestuosa Juno, de los blancos brazos, a la sabia Minerva, de brillantes ojos, y a la graciosa Venus, diosa de la hermosura.

Cual música divina resonó entonces la dulce voz de Juno.

—Entre todos los mortales, tú eres el más

hermoso, Paris, y a ti acudimos las tres para que seas juez entre nosotras. Dinos, pues, cuál es la más bella y a la que concedas el premio de la hermosura, dale esta manzana de oro.

Así habló Juno y tendió a Paris una manzana de oro purísimo, añadiendo:

—Si me das el premio de la belleza a mí, Juno, diosa de las diosas, y esposa del omnipotente Júpiter, rey de los dioses, te concederé poder inconmensurable. Serás rey desde donde nace la aurora hasta donde el sol se pone y un centenar de pueblos te aclamarán por señor.

A su vez, Minerva, hermosa y pura cual los plateados rayos de la luz de la luna, turbó la tranquilidad de la noche sin estrellas, diciendo:

—Dame el premio de la belleza, Paris, y serás tan sabio como los dioses. Con mi ayuda todas las cosas te serán posibles.

Habló la última, Venus, envuelta en rosada luz como la de la aurora en primavera.

—¿Qué son el Poder y la Sabiduría, hermoso Paris?—dijo—Ninguna de estas cosas te dará la felicidad. Si me das el premio, te concederé el

Amor y por esposa tendrás a la mujer más bella del mundo.

Y Paris, oyendo aún la melodiosa voz de Venus y encantado al contemplar su sin par belleza, le tendió la manzana de oro.

Por esta razón la cólera de los dioses cayó sobre Paris, y sobre Príamo, pues Juno y Minerva, llenas de furor, juraron vengarse de él y de toda su raza y pidieron auxilio a Júpiter para poder llevar a cabo su propósito.

Paris, guiado por Venus, emprendió la navegación hacia Esparta, en donde reinaba Menelao, valiente Rey que, felizmente, vivía en compañía de Helena, su esposa, la mas bella de todas las mujeres, y de la pequeña Hermiona, su hija.

Excelente fué la acogida que Menelao hizo a Paris, cuyo varonil y hermoso aspecto impresionó grandemente a todos. Y en cuanto Paris miró a Helena, vió que no había en el mundo otra mujer que en belleza pudiera compararsele.

Entonces Venus hizo a Helena víctima de sus encantos mágicos.

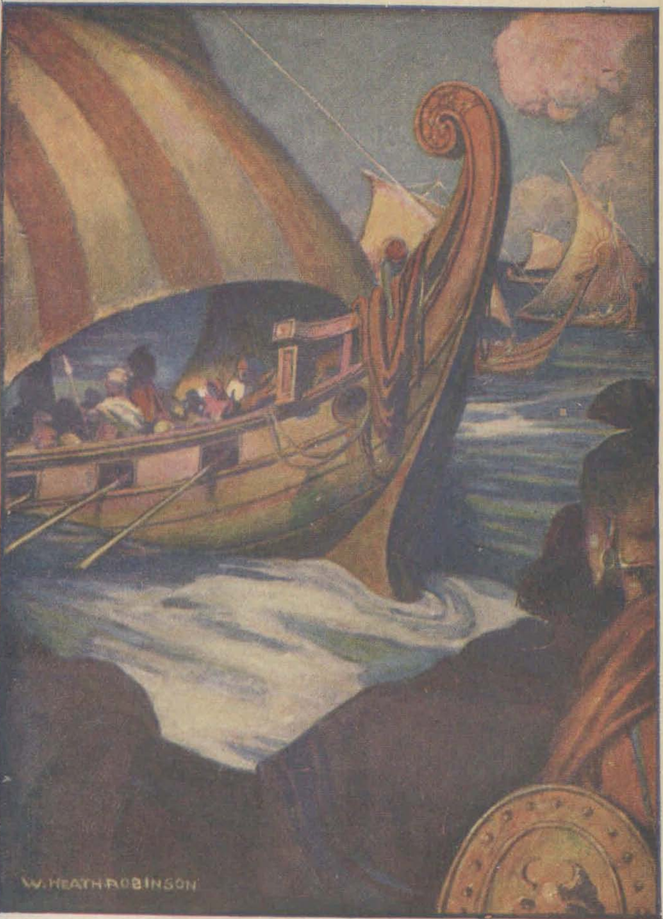
Ésta perdió en el acto todo el amor que antes

profesara a su marido y ya no se acordó más de su querida hija Hermiona. Y cuando Paris le dirigió palabras de amor y le rogó que huyera con él para ser su esposa, la pobre, sin fuerzas para resistir, aceptó tal proposición y los dos huyeron de Esparta en la nave de roja proa, a través de las grises olas, en dirección a Troya, donde el monte Ida elevaba su blanca cima por sobre los bosques.

Menelao, que amaba extremadamente a su esposa, al apercibirse de que Paris la había raptado, fué sin perder momento a quejarse de ello a Agamenón, Rey de Micebas y de Argos.

Al enterarse éste la de mala acción de Paris, dió las órdenes oportunas para reunir las huestes griegas, que alcanzaron el número de cien mil hombres. Preparóse también una flota de mil ciento ochenta y seis naves dispuestas a tomar el rumbo de Troya.

Muchos fueron los héroes que salieron de Grecia hacia Troya para castigar a Paris y a sus parientes y con el fin de rescatar a Helena y llevarla al lado de su esposo.




Muchos fueron los héroes que salieron de Grecia

Pocos fueron, no obstante, los que regresaron a su patria, porque sitiados y sitiadores tuvieron que sufrir diez años de fatigas, y muchos ríos de sangre corrieron ante los muros de Troya por causa de la fatal belleza de Helena.

CAPÍTULO I

# DISPUTA DE AQUILES Y DE AGAMENÓN

Los griegos habían instalado su campamento ante las murallas de Troya y cada día hacían a la ciudad objeto de sus ataques.

Alternativamente obtenían la victoria griegos y troyanos, mas ninguno de los dos ejércitos podía lograr la completa derrota del enemigo.

Y así transcurrieron nueve largos años.

En cierta ocasión, parte de la hueste de los griegos, fué a la ciudad de Crisa y la saquearon, regresando al campamento con rico botín y muchos prisioneros.

Entre éstos se hallaba una hermosa joven lla-

mada Criseida, hija de Crises, anciano sacerdote del templo de Apolo. Agamenón, al verla, la eligió para que formara parte de su botín y la hizo su esclava.

En busca de su hija llegó de Crisa el anciano sacerdote, llevando consigo un crecido rescate para obtener la libertad de Criseida. Presentóse ante las naves griegas llevando sus insignias sacerdotales a fin de demostrar que lo acompañaba el dios Apolo en su súplica a Agamenón, Rey supremo de los griegos, de que pusiera en libertad a su hija.

—¡Los dioses os permitan destruir la ciudad de Troya y regresar felizmente a vuestra patria! —dijo Crises.—Tomad este rescate y poned en libertad a mi hija.

Los griegos asintieron de buena gana en que Criseida fuera devuelta a su padre, esperando así poder repartirse el rico rescate, pero Agamenón no fué del mismo parecer y arrojó de su presencia al anciano sacerdote.

—¡Que no te vuelva a encontrar al lado de las cóncavas naves! — dijo a Crises, — porque, de

lo contrario, tus insignias de sacerdote no te van a valer. Tu hija será mi esclava y jamás volverá a tu patria. Ahora vete y no me irrites más.

El anciano, atemorizado por tales palabras, se marchó tristemente por la orilla del turbulento mar, y en tanto que se alejaba, iba rogando al dios Apolo:

—¡Óyeme, dios del plateado arco! ¡Si alguna vez adorné tu templo de modo agradable para tí, o te sacrifiqué toros y cabras, cumple mi deseo! ¡Que los griegos sean castigados de sus palabras por tus flechas!

Apolo, desde el monte Olimpo, oyó la plegaria de su sacerdote e irritado al ver como lo trataban, descendió empuñando el plateado arco y llevando en la espalda su carcaj de flechas. Y con la rapidez de la obscura noche al caer sobre la tierra, así se precipitó el dios sobre Agamenón y su ejército. Sentóse a alguna distancia de las naves y tendió con tremenda fuerza el arco de plata.

Al principio sólo mulos y perros cayeron víctimas de sus flechazos, pero luego el dios em-

pezó a disparar sus mortíferas saetas contra los hombres.

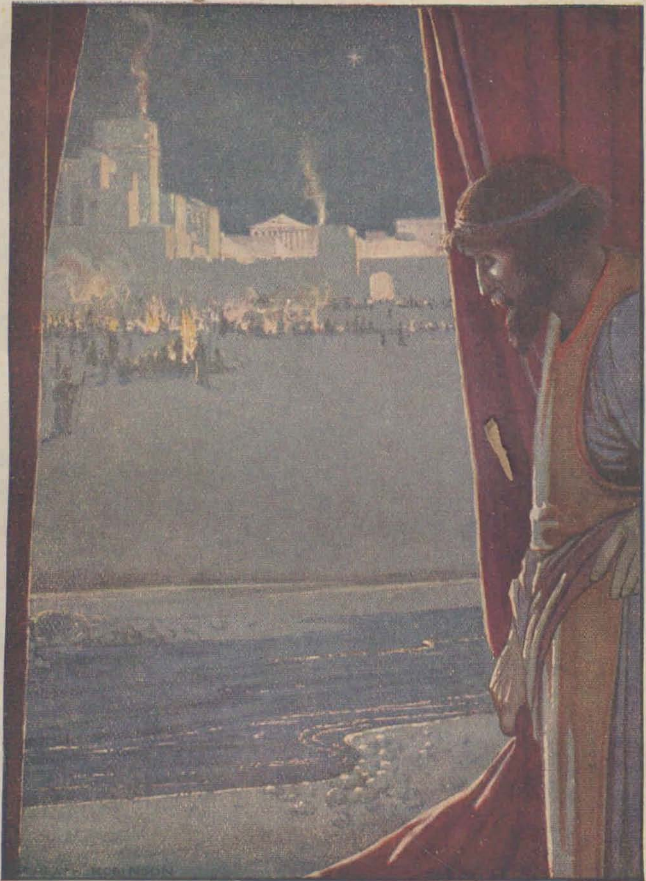
Durante nueve días muchos griegos cayeron heridos por las flechas del vengativo dios, y por igual espacio de tiempo negras columnas de humo se elevaron de las piras funerales de los guerreros muertos, y enroscándose en el aire, fueron a perderse en el mar.

El décimo día, Aquiles, el de los pies ligeros y el más valiente de todos los héroes griegos, hijo de un guerrero mortal y de la diosa Tetis, convocó a junta a los jefes del ejército.

—La guerra y la peste están acabando con nosotros—dijo.—Preciso será consultar a un adivino, intérprete en sueños o sacerdote, que nos diga el por qué Apolo está tan irritado. Tal vez si le sacrificamos algunos corderos querrá librarnos de la peste.

Entonces Calcas, el más sabio de los adivinos griegos, se levantó y dijo:

—Tales desgracias han caído sobre nosotros a causa del ultraje que Agamenón hizo a Crises, sacerdote de Apolo. Con sus pestilentes flechas



Agamenón oyó los acordes de flautas y zampoñas, y risas sonoras llegaban del campo de los enemigos que, a la luz de las fogatas, festejaban alegremente

el dios no cesará de matarnos, hasta que hayamos devuelto a Criseida, de los brillantes ojos, a su padre, libre y sin rescate y hasta que hayamos entregado al sacerdote un centenar de reses para sacrificarlas al irritado Apolo.

Dichas estas palabras, Calcas se sentó. En seguida levantóse el poderoso Agamenón, lleno de cólera, y con los ojos echando fuego.

—¡Mal profeta eres, Calcas! —gritó. — Solamente has vaticinado desgracias. Ahora afirmas que Apolo nos envía calamidades, porque no quise admitir un rico rescate por Criseida, a la que amo más que a mi propia esposa. No obstante, la devolveré a su padre, pues no quiero que mi pueblo perezca, pero, en cambio, quiero obtener otra recompensa. ¿Por qué yo solo, entre todos los griegos, he de perder mi botín? Me parece que eso no es justo.

—De ningún modo, muy noble Agamenón— contestó Aquiles.—Eres demasiado codicioso. Entre todos no tenemos lo bastante para recompensarte por la pérdida de Criseida, porque el botín ganado en el saqueo de las ciudades está

ya repartido. No obstante, devuelve Criseida a su padre y los griegos te pagaremos tres o cuatro veces su valor, si los dioses nos permiten tomar la fuerte ciudad de Troya.

—¿Quieres engañarme, Aquiles? — contestó Agamenón encolerizado.—¿Quisieras despojarme de lo que es mío y no darme nada en cambio? Si tú no quieres otorgarme la recompensa que mi honor requiere, la tomaré por mi mano, ya te pertenezca o sea de Ulises o forme parte del botín de otro cualquiera; y te aseguro que se encolerizará aquél a quien yo tomé lo suyo. Pero de esto ya hablaremos luego. Ahora botemos al mar una negra nave, embarquemos víctimas para sacrificarlas al flechador Apolo, y también a Criseida de rosadas mejillas.

Entonces Aquiles, el de los pies ligeros, miró a Agamenón con las cejas fruncidas.

—¡No tienes vergüenza!—gritó,—y además eres un hombre codicioso. ¡Por tí y por tu hermano Menelao dejé mi casa y mi patria para vengaros de los troyanos y ahora tú, cara de perro, te atreves a dirigirme amenazas de robar-

como este cetro no será nunca mas verde, así los griegos me echarán de menos algún día cuando caigan a centenares ante Héctor. Entonces sentirás rabia en tu corazón por no haber sabido honrar al mas valiente de tus guerreros.

Así habló Aquiles, golpeando la tierra con su cetro adornado con clavos de oro, mientras el furor de Agamenón iba en aumento.

Entonces Nestor el mas anciano y elocuente de los guerreros, con benévolas palabras, trató de apaciguar los ánimos de los dos contendientes, pero ni Agamenón ni Aquiles quisieron hacer caso de sus conciliadoras razones.

—¡Puedes tomarme mi hermosa esclava Briseida—dijo Aquiles,—pues al fin los griegos me quitarán lo que me dieron; pero no te atrevas a poner tu mano en cualquiera cosa mía, porque si tal hicieras, tu negra sangre correría a lo largo de mi lanza!

Entonces dióse por terminada la junta y en una rápida nave se embarcó Criseida para ser llevada a su padre. La acompañaban Ulises y algunos otros guerreros, los cuales habían car-

gado en el bajel un centenar de reses para hacer con ellas un sacrificio agradable al irritado dios Apolo.

Agamenón, no olvidando la amenaza que había dirigido a Aquiles, llamó a unos heraldos y les ordenó:

—Id a la tienda de Aquiles y traedme a su hermosa esclava Briseida.

Los mensajeros echaron a andar por la playa de muy mala gana, hacia el lugar en que se hallaba la tienda de Aquiles, el cual estaba sentado a la entrada, y al ver a los heraldos comprendió en seguida cual era la misión que allí los llevaba.

—Bienvenidos seáis, heraldos — dijo. — Para mí no sois culpables, sino Agamenón que os ha mandado quitarme mi hermosa Briseida. Lleváosla y desde ahora os aseguro que cuando Agamenón tenga extrema necesidad de mí para salvar a sus huestes de un vergonzoso fin, no le prestaré la menor ayuda.

Entonces Patroclo, amigo de Aquiles, sacó a Briseida para que se la llevaran. Marcháronse

con ella los heraldos hacia las naves griegas y Briseida los siguió de mala gana.

Aquiles fué acompañándola con la mirada hasta que hubo desaparecido y luego, sentándose a la orilla del agua, rompió en llanto y uniendo sus manos en actitud suplicante, llamó a su madre Tetis, hija del dios del mar.

Oyóla ésta desde las profundidades de las aguas e inmediatamente se elevó como niebla de las espumosas olas y sentándose al lado de su desconsolado hijo lo cogió de la mano y empezó a dirigirle consoladoras palabras.

—¿Por qué lloras, hijo mío?—preguntó—Dime cual es el pesar que sientes.

Aquiles, el de los piés ligeros, relató a su madre la afrenta que Agamenón le había inferido, y llena de ira y pesar, Tetis derramó lágrimas junto con su hijo.

—Breve será tu vida, hijo mío. ¡Ojalá que no hubieras nacido! Pero no temas, porque yo misma iré al nevado Olimpo, me abrazaré a las rodillas de Júpiter y espero que podré persuadirlo de que te vengue.

Dichas estas palabras partió, dejando a su hijo muy irritado, y al día siguiente se levantó de nuevo del mar y subió al Olimpo.

—Padre Júpiter—dijo al Rey de los dioses.—Si alguna vez te he sido útil con palabras u obras, cumple ahora mi deseo. Honra a mi hijo, el héroe de breve vida a quien el Rey de hombres, Agamenón, ha ultrajado arrebatándole su botín, que aún conserva. ¡Véngalo, oh Júpiter Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos, hasta que los griegos le den satisfacción y lo colmen de honores!

Júpiter bajó su radiante cabeza en señal de asentimiento; los divinos cabellos del inmortal soberano se agitaron y a su influjo se extremeció el vasto Olimpo.

Luego Tetis saltó a las profundas aguas desde la morada de los dioses, a presentarse ante su padre, el dios del mar.

## CAPÍTULO II

# EL CONSEJO

AQUELLA noche, tanto los dioses como los hombres, durmieron profundamente; pero Júpiter no gozó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba el medio de honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves griegas.

Al fin, creyendo que lo mejor sería enviar un pernicioso sueño a Agamenón, llamó a uno de aquéllos, pues por medio de sueños los dioses mandaban mensajes a los mortales.

—Anda, pernicioso Sueño, encamínate a las veleras naves griegas, entra en la tienda de Agamenón y dile, palabra por palabra, lo que

voy a encargarte. Ordénale que arme a los griegos de larga cabellera y que empiece el ataque, pues ahora podrá tomar la fuerte ciudad de Troya.

Partió el Sueño al oir el mandato, llegó en un instante junto a las veleras naves griegas y hallando dormido en su tienda a Agamenón, púsose sobre su cabeza tomando la figura de Néstor, anciano guerrero a quien Agamenón más honraba, y así transfigurado, dijo el celeste Sueño:

—¿Duermes Agamenón? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien los guerreros han confiado el mando, y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Óyeme atentamente, pues vengo a traerte un mensaje de Júpiter, quien te ordena que armes a los griegos de larga cabellera y ataques a la ciudad de Troya, pues ahora podrías tomarla. Graba mis palabras en tu memoria y no las olvides cuando el dulce sueño te abandone.

Dicho esto se marchó, remontándose, cual bruma ligera, hacia el monte del Olimpo.

La divina Aurora subía al cielo para anunciar

a los dioses la llegada del día, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz sonora convocaran a junta a los griegos de larga cabellera. Antes habíase cubierto con su hermosa túnica y calzado sus sandalias. Armóse con su espada de plateado puño y tomando el cetro como símbolo de su autoridad, acudió al Consejo que había convocado.

Entonces relató a sus próceres el divino Sueño que Júpiter le había mandado y añadió:

—Veamos como podremos conseguir que los griegos tomen las armas. Para probarlos como es debido, les aconsejaré que huyan en las naves, y vosotros hablándoles unos por un lado y otros por el opuesto, procurad detenerlos.

Seguidamente levantóse Nestor y dijo a los reunidos:

—¡Amigos, príncipes y capitanes! Si algún otro griego nos refiriese tal sueño lo creeríamos falso y desconfiaríamos de él; pero lo ha tenido el más poderoso de los griegos. Veamos, pues, como podremos conseguir que los griegos tomen las armas.

Entonces los reyes, príncipes y capitanes se levantaron y como numerosos enjambres de abejas que vuelan agrupadas sobre las flores primaverales, así acudieron los guerreros desde las naves y tiendas al lugar en que se había celebrado el Consejo.

Mucho costó dominar el tumulto que producían, pero nueve heraldos consiguieron, por fin, que prestaran oído a lo que los reyes íbanles a decir.

Restablecido el silencio se levantó el Rey Agamenón, empuñando el cetro y habló así a los guerreros:

—¡Amigos, héroes griegos, ministros de Marte! En gran infortunio envolvióme Júpiter, pues nos prometió y aseguró que destruiríamos la bien murada Troya, pero todo ha sido un engaño, pues ahora me ordena abandonar el sitio sin gloria, después de haber perdido tantos hombres ¡Qué vergüenza para nosotros que un grande ejército como el nuestro haya hecho una guerra tan inútil y vana! ¡Combatir contra un número menor de hombres y no saberse aún cuando ten-

drá fin la guerra! Nueve años han transcurrido ya; los maderos de nuestras naves se han podrido y las cuerdas están deshechas; nuestras esposas e hijos nos aguardan y la victoria está tan lejos de nosotros como el día en que aquí llegamos. Así, pues, vámonos en las naves a nuestra patria, porque Troya no caerá nunca en nuestro poder.

Así habló Agamenón y a todos los que no habían asistido al Consejo se les conmovió el corazón en el pecho. Agitáronse los hombres como las olas que en el mar levantan los huracanes al caer impetuosos de las nubes amontonadas por Júpiter. Como el céfiro mueve con violento soplo un campo de trigo y se cierne sobre las espigas, de igual manera se movieron los hombres. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, echaron a correr hacia los bajeles; diéronse ánimo mútuamente para tirar de ellos y botarlos al mar; limpiaron los canales, quitaron los soportes y su alegre vocerío, esperando volver a la patria, llegó hasta el cielo.

Y, realmente, los griegos habrían efectuado su

regreso antes de lo dispuesto por el destino, si Juno no hubiese dicho a Minerva:

—¿Vamos a permitir que los griegos se marchen a su patria y dejen sin castigo a Paris y a Helena en Troya, por la cual tantos griegos perecieron lejos de su país? Ve en seguida al ejército de los griegos y detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que boten al mar las cóncavas naves.

Minerva obedeció. Bajando en rápido vuelo de las cumbres del Olimpo, pronto llegó a las naves griegas y halló al prudente Ulises que estaba inmóvil al lado de su negra nave de muchos bancos, porque el pesar invadía su corazón. Minerva, entonces, poniéndose a su lado le dijo:

—¿Huiréis a vuestras casas, embarcados en las naves de muchos bancos y abandonaréis a los troyanos y a Helena por la cual tantos griegos han perecido lejos de su patria? Ve en seguida al ejército de los griegos, detén con suaves palabras a los guerreros y no permitas que boten al mar las corvas naves.

Al oir las palabras de la diosa, Ulises tiró su manto y corrió a donde estaba Agamenón, para que le diera el cetro y con él en la mano fué hacia las naves griegas.

Cuando encontraba a un rey o a un valiente capitán, deteníase y le decía con amables palabras.

—No es digno de tí temblar como un cobarde; detente y haz que se detengan los demás, pues no conoces las verdaderas intenciones de Agamenón. Ahora nos prueba y luego castigará a los que hayan querido huir.

Cuando Ulises encontraba a un hombre del pueblo que, corriendo, se acercaba a las naves, le daba un golpe con el cetro y le decía:

—¡Desgraciado, detente y no corras hacia las naves! No eres un guerrero valiente, sino un hombre débil e inepto para la guerra. Cumple, pues, al quedarte, la voluntad de Agamenón.

Así Ulises se imponía al ejército y los guerreros se apresuraban a retroceder hacia donde se hallaba Agamenón.

Y el ruido que hicieron al volver atrás, fué

como el del oleaje del estruendoso mar cuando va a morir sobre la playa.

No obstante, por fin reinó el silencio entre ellos, al sentarse alrededor de Agamenón y sus próceres. Unicamente Tersites, el hombre más feo que llegó a Troya, pues era bizco y cojo de un pie, con los hombros corcovados y la cabeza puntiaguda y cubierta por rara cabellera, fué el que no quiso poner freno a la lengua y empezó a insultar a Agamenón.

—¿De qué te quejas o de qué careces?—gritó. —Tus tiendas están seguramente llenas del botín que todos hemos recogido al tomar alguna ciudad. ¿Necesitas acaso más oro? ¡Oh, cobardes! ¡Hombres sin dignidad, mujeres más bien que griegos! ¡Volvamos en las naves a nuestra patria y dejemos aquí a Agamenón para que devore su botín, por el que nunca ha combatido! Recordad que ha ofendido a Aquiles, hombre muy superior a él, arrebatándole la recompensa que todavía retiene.

Entonces Ulises se llegó a Tersites y mirándolo severamente, le dijo:

—¡Calla! Si vuelvo a encontrarte otra vez, charlando estúpidamente como lo has hecho, te arrancaré el manto y la túnica que cubren tu contrahecho cuerpo y te daré tales azotes, que irás llorando hacia las veleras naves.

Así dijo Ulises y con el cetro dió un golpe en los hombros de Tersites. Gruesas lágrimas cayeron de los ojos de éste y un doloroso cardenal apareció en su espalda donde golpeara el áureo cetro. Sentóse turbado y dolorido y se enjugó las lágrimas. Sus vecinos, aunque estaban afligidos, riéronse al ver su cara y uno dijo:

—Muchas cosas buenas hizo Ulises, pero nunca llevó a cabo acto tan meritorio como haber hecho callar a este insolente charlatán que, en adelante, ya no se atreverá a dirigir injuriosas palabras a los reyes.

Entonces se levantó Ulises, con el cetro en la mano y Minerva que a su lado estaba, transfigurada en heraldo, impuso silencio para que todos oyeran las palabras de Ulises, que los arengó diciendo:

—¡Oh, gran Agamenón! Los griegos quieren

cubrirte de ignominia ante todos los hombres, pues no cumplen lo que te prometieron al venir: que no te irías sin destruir la fuerte ciudad de Troya. Cual si fuesen niños o viudas, se lamentan de su suerte y desean volver a su país. Nueve años hace que estamos ante la ciudad y, por lo tanto, no es maravilla que todos tengan deseo de regresar. No obstante, sería bochornoso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro objeto. Tened paciencia amigos y aguardad un poco más, porque, seguramente, Troya será al fin tomada. No recordáis el gran portento que vimos el día en que emprendimos la navegación hacia Troya? Mientras ante los altares inmolábamos animales a los inmortales dioses, junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano, un horrible dragón de rojo lomo, saltó de debajo del altar al árbol.

En una de las ramas de éste había un nido de gorriones, ocupado por ocho polluelos sobre los cuales la madre extendía las alas. Lastimeramente piaban los pajarillos cuando el dragón se los tragaba, y así mismo la madre dió tristes gritos

cuando el monstruo la devoró. Después que el dragón se hubo comido el ave y los polluelos, el dios que lo hiciera aparecer, obró en él un prodigio, porque, inmediatamente, lo transformó en piedra, mientras todos, atónitos, admirábamos lo que ocurría. Y en seguida, Calcas, el adivino, exclamó.—¡Júpiter es quien nos muestra este prodigio! Como el dragón devoró a los polluelos y a su madre, que juntos eran nueve, así nosotros combatiremos en Troya igual número de años y al décimo tomaremos la fuerte ciudad.—Esto fué lo que dijo y todo se va cumpliendo. ¡Ea, pues, quedémonos todos hasta tomar la gran ciudad de Troya!

Así habló Ulises y los griegos aplaudieron su discurso.

Entonces dijo Agamenón:

—Id a comer ahora para que luego trabemos el combate; que cada uno afile la lanza, prepare el escudo, dé pienso a los caballos y disponga los carros. Y aquél que se quede voluntariamente junto a las cóncavas naves, lejos de la batalla, que se cuente entre los muertos, porque

su cuerpo será pasto de los perros y aves de rapiña.

Cuando Agamenón cesó de hablar, los gritos de los griegos parecieron el fragor de las olas al chocar furiosas contra una fuerte roca que se adelantara sobre el mar.

Luego se dispersaron, encendieron fuego, y prepararon la comida, ofreciendo también sacrificios a los dioses para que los libraran de morir en la próxima batalla.

Agamenón sacrificó un buey de cinco años al poderoso Júpiter, al que oró diciendo:

—¡Júpiter glorioso! ¡Dios de las tempestades! ¡A tí te ruego! ¡Que no se ponga el sol, ni llegue la noche, antes de que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas; incendie las puertas; rompa con mi lanza la coraza de Héctor en su mismo pecho y vea a sus compañeros caídos de bruces en el polvo y mordiendo la tierra!

Así rogó, pero Júpiter no accedió a su demanda.

Luego Agamenón mandó a los heraldos que

pregonaran la orden de reunirse los griegos cerca de las naves. Éstos obedecieron prontamente y entre ellos iba Minerva, la diosa de los brillantes ojos, instigando a todos y fortaleciendo los corazones para que pelearan y combatieran sin descanso. Pronto tuvieron mayor placer en guerrear que en volver a la patria en las cóncavas naves.

Como desde lejos se divisa el resplandor de un incendio cuando el voraz fuego se propaga por vasta selva en la cumbre de una montaña, así el brillo de las armaduras de bronce de los soldados que marchaban, llegaba al cielo a través del aire; y del mismo modo que los gansos silvestres, grullas o cisnes de largo cuello, se posan en numerosas bandadas en una pradera, así las numerosas huestes afluían de las naves y tiendas a la llanura, y la tierra retumbaba horriblemente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Entonces los griegos se precipitaron a la batalla, innumerables como las hojas y las flores que crecían en el prado contiguo al río Escamandro

## CAPÍTULO III

# COMBATE ENTRE PARIS Y MENELAO

Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, avanzaron los troyanos al encuentro de los griegos, gritando como las grullas en el cielo cuando, huyendo del frío y de las torrenciales lluvias, vuelan gruyendo sobre las alborotadas olas del Océano.

Pero los griegos marchaban en silencio apoyados uno contra otro y llenos de ardimiento. Así como la niebla desciende de la cresta de las montañas a la llanura, hasta que el hombre no puede ver más allá de lo que alcanza un tiro de piedra, del mismo modo una densa nube de polvo se levantaba bajo los piés de los guerre-

ros, que marchaban atravesando ligeramente la llanura.

Por fin, los dos ejércitos se acercaron uno a otro y entonces apareció en la primera fila de los troyanos, Paris, semejante a un dios, el que robó Helena a Menelao. De los hombros de Paris colgaba una piel de leopardo, el curvado arco y la espada; entonces, blandiendo dos lanzas con punta de bronce, desafió a los más valientes jefes de la hueste de los griegos, a que sostuvieran con él mortal combate.

Como el león se regocija al divisar un robusto ciervo que va a ser su presa, así se regocijó Menelao al ver venir a Paris con arrogante paso al frente de la tropa y figurándose que podría castigar a su enemigo, al momento saltó del carro al suelo, sin dejar las armas.

Mas Paris, semejante a un dios, apenas distinguió a Menelao salir de entre las filas enemigas, sintió temor, y para librarse de la muerte, retrocedió al grupo de sus amigos, como el que descubre un dragón en la espesura de un monte.

Al advertirlo, Héctor, su hermano, le reprendió con injuriosas palabras.

—¡Miserable Paris!, ¡tienes hermosa figura y eres seductor, pero ojalá no hubieras nacido, pues así no serías la vergüenza de los tuyos! Los griegos se ríen de tí, pues por tu hermoso aspecto te creyeron un campeón; pero ya advierten que no hay en tu pecho fuerza ni valor. ¿Y siendo cobarde como eres, te atrevistes a surcar el mar en ligeras naves y robar en remota tierra a una hermosa mujer que tan funesta ha sido para tu padre, para la ciudad y para tí mismo? ¿No esperas a pié firme a Menelao? Tu cítara, tus dorados bucles, tu hermosa cara y los dones que debes a Venus, de nada te valdrían cuando rodaras vencido sobre el polvo. Los troyanos son cobardes, pues, de lo contrario, ya te habrían lapidado por los males que les has causado.

—Con razón me increpas, valiente Héctor—contestó Paris,—pero tu corazón es inflexible e intrépido el ánimo que encierra tu pecho. No me reproches los dones de la adorada Venus, pues

no deben despreciarse los valiosos presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Pero si quieres que luche y combata, detén a los troyanos, haz que contengan a los griegos y entonces combatiré con Menelao por Helena y sus riquezas, y el vencedor se llevará a su casa mujer y tesoros. Y después de jurar paz y amistad, seguid vosotros en la fértil Troya y vuelvan los griegos a la Argólide, su patria.

Héctor oyó con intenso placer las palabras de su hermano, y corriendo al centro del espacio que separaban ambos ejércitos, con la lanza en la mano, ordenó a las falanges troyanas que permanecieran quietas. Pero entonces los griegos le dispararon flechas, dardos y piedras.

Al observarlo, Agamenón gritó a sus hombres con fuerte voz:

—¡Deteneos, griegos!, que Héctor, del tremolante casco, quiere decirnos algo.

Héctor entonces, colocándose entre unos y otros, repitió las palabras de Paris, su hermano.

Menelao contestó así al oirlas:

—Tengo el corazón traspasado de dolor, pues

padecísteis todos muchos males a causa de la mala acción de Paris. Creo, pues, que debe terminarse esta guerra y, por lo tanto, dejadnos combatir a los dos y perezca aquel de nosotros para quien esté reservada la muerte. Sacrifiquemos un cordero a Júpiter y llamad a Príamo, Rey de Troya, para que sancione los juramentos, pues temo que sus hijos los quebranten.

Griegos y troyanos sintieron gran contento al entrever la esperanza de que terminara la calamitosa guerra. Detuvieron los corceles en las filas, bajaron de los carros y dejando las armas en el suelo, se pusieron unos al lado de otros. Un corto espacio separaba a ambos ejércitos.

Héctor despachó a dos heraldos a la ciudad para que llamaran a Príamo, y trajeran además los corderos destinados al sacrificio. El Rey Agamenón, por su parte, hizo ir en busca de un cordero a las cóncavas naves.

Entretanto, Juno mandó a Troya a su mensajera Iris, la cual tomó la figura de la más hermosa hija de Príamo. Entró en la sala del palacio en que se hallaba Helena, la más bella de

las mujeres, entretenida en tejer una gran tela doble purpúrea, que representaba muchas escenas y batallas en que tomaban parte griegos y troyanos.

—Ven, querida mía—dijo Iris,—a presenciar admirables proezas. Los que antes combatieron furiosamente permanecen silenciosos, reclinados en los escudos y con las picas clavadas en el suelo. La batalla se ha suspendido y ahora Paris y Menelao van a combatir por tí con agudas lanzas y el que venza te llamará su amada esposa.

Así habló la hermosa Iris, infundiendo en el dormido corazón de Helena dulce recuerdo de su anterior marido Menelao, de Hermiona su hija, de su patria y de sus padres.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y cubriendo su rostro con un blanco velo, salió al momento de la habitación, acompañada por dos doncellas, hacia el lugar en que se hallaban ambos ejércitos.

En las puertas Esceas estaban sentados Príamo y otros ancianos guerreros que, a causa de

su vejez, no combatían. Cuando vieron a Helena que hacia ellos llegaba, dijéronse uno a otro admirando su hermosura:

—No es maravilla que griegos y troyanos sufran grandes males y pierdan muchas vidas por una mujer tan hermosa como ésta. Pero aun cuando sea así, mejor valdría que se embarcara en las naves griegas antes de que llegue a ser una plaga para nosotros y para nuestros hijos.

Príamo llamó entonces a Helena y le dijo:

—Ven acá, querida hija; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior esposo, a tus parientes y a tus amigos. No te doy ninguna culpa por todos nuestros trabajos, pues no eres responsable de que los dioses te hayan elegido para ser la causa de tan sangrienta guerra.

Y luego, Príamo le preguntó los nombres de los valientes héroes que, apoyados en sus lanzas, estaban entre las filas de los griegos, y Helena, en contestación, díjole:

—Siento por tí, querido suegro, respeto y temor. ¡Ojalá que hubiera muerto antes de aban-

donar a mi patria, a mi hija y a todo lo que amaba, para venir aquí con tu hijo!

Y señalando a Agamenón, añadió:

—Ese es el poderoso Agamenón, buen Rey y esforzado combatiente. Su hermano es el que fué mi marido. ¡Ah, desvergonzada de mí, que lo abandoné!

Príamo preguntóle también por Ulises y por otros muchos guerreros de gran estatura y valerosa apariencia. Y Helena le dió todos los detalles que pudo, mientras lágrimas de añoranza resbalaban por sus mejillas.

—No veo a mis hermanos carnales, los dos caudillos: Castor, hábil domador de caballos, y Polux, excelente púgil; tal vez no han atravesado el mar para venir a Troya.

No sabía Helena que sus dos hermanos habían muerto en su misma patria.

Entonces ambos ejércitos ofrecieron el sacrificio de los carneros a Júpiter, y Agamenón y Príamo juraron la tregua en tanto que se batieran Paris y Menelao.

Una vez hecho el sacrificio y terminadas las

ceremonias que lo siguieron, Paris se apresuró a subir a su carro, cogió las riendas y entró en la ciudad.

—Con gusto regreso a la ventosa Troya—dijo, —pues no podría ver a mi hijo combatiendo con Menelao. Júpiter y los dioses inmortales saben para cual de ellos tiene el destino reservada la muerte.

Entonces Héctor y Ulises señalaron el espacio en que debía tener lugar el combate, y en su casco de bronce, Héctor echó dos suertes y las agitó para ver cual de las dos saltaría antes. Salió la de Paris y, por lo tanto, a él le correspondió arrojar primero su lanza de bronce.

Paris vistió una magnífica armadura; púsose en las piernas elegantes grebas (1) ajustadas con broches de plata. Colgóse del hombro una espada de bronce guarnecida con clavos de plata, abrazó un grande y fuerte escudo, se cubrió la cabeza de un hermoso casco cuyo penacho

---

(1) Pieza de la armadura antigua que cubría la pierna desde la rodilla hasta la garganta del pie.

de crines de caballo ondeaba en la cimera y asió una fuerte lanza. De igual manera se armó Menelao.

Al hallarse uno frente al otro se miraron de un modo terrible y, mostrándose el odio que recíprocamente se tenían, blandieron las lanzas.

Paris fué el primero en arrojarla y dió contra el escudo de Menelao, que a pesar de ello no se rompió.

Antes de arrojar su lanza, Menelao alzó los ojos al cielo, y así oró al rey de los dioses:

—¡Oh, gran Júpiter! ¡Permíteme castigar a Paris y hazle sucumbir a mis manos para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los haya hospedado y honrado con su amistad!

Entonces arrojó su larga lanza, que atravesó el escudo de su enemigo, se clavó en la coraza y le rasgó la túnica sobre el muslo. Pero Paris se inclinó y así escapó de la muerte.

Entonces Menelao desenvainó su espada de bronce adornada con clavos de plata y con ella descargó un gran golpe sobre el casco de su con-

trario. Pero la espada se rompió en cuatro pedazos y se le cayó de la mano.

—¡Júpiter! Sin duda eres el más cruel de todos los dioses. He arrojado mi lanza en vano y he roto mi espada sin conseguir vengarme.

Dichas estas palabras se precipitó contra Paris y cogiéndolo por el casco adornado con crines, lo arrastró hacia las huestes griegas. La bordada correa que, por debajo de la barba, sujetaba el casco de Paris, casi lo ahogaba y sin duda hubiese muerto allí vergonzosamente, si Venus no hubiera roto la correa del casco, el cual quedó vacío en la mano de Menelao.

Éste lo arrojó a los griegos y, retrocediendo, tomó otra lanza para matar a su enemigo.

Pero Venus arrebató a Paris y lo llevó a su propia casa envuelto en densa niebla. Menelao, furioso en extremo, se revolvía entre la muchedumbre buscando a Paris, pero ningún troyano lo había ocultado ni pudo mostrárselo, pues a todos se había hecho tan odioso como la misma muerte.

Entonces Agamenón dijo:

—Oídme, troyanos! Es indudable que Menelao ha obtenido la victoria. Devolvednos a Helena y sus tesoros y pagadme una indemnización justa por todos mis trabajos pasados.

Así habló y todos los griegos aplaudieron.

## CAPÍTULO IV

# DE COMO MENELAO FUÉ HERIDO Y PORTENTOSAS HAZAÑAS DE DIOMEDES

MIENTRAS Menelao iba en busca de su contrario, Juno y Minerva habían estado en el Olimpo imaginando el medio de perjudicar al raptor de Helena y a todos los troyanos, pues no deseaban que la guerra terminara y además tenían empeño en castigar a Paris, a quien odiaban.

Entonces Minerva, cual brillante estrella que atraviesa el inmenso espacio dejando una estela de brillante luz, se precipitó a la tierra desde el vasto Olimpo.

La diosa cayó en medio del campo troyano

transfigurada en guerrero y empezó a buscar a Pándaro, valiente y hábil arquero.

—¿Te atreverías, valiente Pándaro—dijo Minerva—a disparar una veloz flecha contra Menelao? Si le dabas muerte, alcanzarías gloria entre los troyanos y Paris te recompensaría espléndidamente.

El insensato se dejó persuadir y asió en seguida el pulido arco hecho con las astas de un buco que él mismo había muerto en las montañas. Los cuernos tenían diez y seis palmos de largo y fueron ajustados y pulidos por hábil artífice y adornados con anillos de oro. Pándaro buscó una flecha nueva en su carcaj y tendiendo el arco hasta que formó semicírculo, soltó la cuerda y saltó la aguda flecha en la dirección que le habían obligado a seguir.

Habría ido a herir el corazón de Menelao, si Minerva, al divisarla, no la hubiese desviado; entonces la saeta fué a clavarse en el lugar en que los anillos de oro sujetaban el cinturón y la coraza era doble. No obstante, desgarró la piel

del héroe y la negra sangre brotó al momento de la herida.

Agamenón, al verlo, se extremeció. Pero Menelao, observando que fuera quedaban el nervio y las plumas de la flecha, dijo:

—¡Ten ánimo, pues la herida no es profunda, gracias a que mi brillante cinturón y la coraza han detenido la mortal flecha!

Entonces mandaron en busca de un hábil médico para que reconociera la herida. Éste lo hizo y arrancando la flecha chupó la sangre y aplicó sobre ella drogas calmantes.

Mientras se ocupaban en curar á Menelao, Agamenón recorrió las huestes griegas y dijo a sus hombres:

—¡A las armas! Los troyanos han quebrantado el juramento de paz que antes hicieron y debemos castigarlos. Los dioses no protegen a los pérfidos y por esta razón caerán muertos ante nosotros y sus cuerpos serán pasto de los buitres.

Así fué diciendo a todos los hombres, recomendándoles que se prepararan para la batalla,

pero a los que veía perezosos para emprender el mortal combate les dirigía coléricas palabras, tanto si eran grandes jefes, como simples soldados.

Por fin llegó ante Diomedes.

—¿Por qué tiemblas, Diomedes?—le dijo.—¿Por qué miras azorado el espacio que nos separa de los enemigos? No temblaba así tu padre, pues en las batallas era siempre el primero. Pero su hijo es inferior a él en el combate, aun cuando tenga mayor habilidad para hablar.

Diomedes escuchó respetuosamente al venerable Agamenón y guardó silencio, pero un camarada suyo, para protestar de la injusticia de sus palabras, exclamó irritado:

—No mientas, Agamenón, pues somos más valientes que nuestros padres. Recuerda que hemos tomado la gran ciudad de Tebas con menos hombres de los que ellos emplearon inútilmente en tal empresa.

Entonces el valiente Diomedes miróle encolerizado y le dijo:

—¡Cállate, amigo!, porque Agamenón debe

animar a sus guerreros antes de la batalla. Suya será la gloria si los griegos se apoderan de la ciudad de Troya, y suyo también el dolor si son vencidos. Pensemos, pues, tan sólo en demostrar nuestro valor.

Entonces saltó de su carro al suelo y, al moverse, su armadura resonó sonoramente.

Como las grandes olas impelidas por el viento se suceden en la playa, así las huestes griegas marcharon sucesivamente y sin interrupción al combate. Caballo tras caballo y hombre tras hombre, avanzaron con gran empuje y ardimiento mientras en el campo de los troyanos elevábanse confusos gritos como de balantes ovejas al oir la voz de los corderos.

Entre los hombres de Troya estaba Marte, dios de la guerra, y en las filas de los griegos combatía Minerva acompañada del Terror, la Fuga y la Discordia.

Entonces se juntaron los dos ejércitos y empezaron a combatir como lobos furiosos. Los hombres se daban muerte recíprocamente y la tierra se teñía de sangre. El ruido de la pelea era

semejante al de los torrentes nacidos en grandes manantiales, que se despeñan en los montes para reunir las espumosas aguas en un profundo barranco abierto en el valle.

Como árboles derribados por el hacha de un leñador, que caen ruidosamente al suelo, así fueron derribados muchos héroes. El primero en morir fué un troyano e inmediatamente lo siguió un griego. Aquel día los enemigos yacieron juntos unos a otros en la polvorienta tierra.

Entonces Minerva infundió a Diomedes valor y audacia e hizo surgir de su casco y de su escudo una brillante llama parecida al astro que en otoño centellea.

Entre los troyanos estaban dos hermanos ricos y nobles y también hábiles guerreros. Los dos iban en un mismo carro, y separándose de los suyos atacaron a Diomedes que a pié los aguardaba. Cuando se hallaron frente a frente, uno de los dos hermanos arrojó una flecha a Diomedes, sin herirlo; éste hizo lo propio y tuvo la suerte de que su arma se clavara en el pecho de su enemigo, el cual, desde el carro cayó al suelo

muerto, mientras su hermano huía para no perder la vida. Abandonó su hermoso carro y Diomedes se apoderó de los corceles y los entregó a sus guerreros para que los llevaran a las cóncavas naves.

Minerva, al ver lo que sucedía, tomó por la mano al dios Marte, lo hizo sentar en la hierba a orillas del río Escamandro, y le dijo:

—Dejemos combatir libremente a griegos y troyanos y que Júpiter dé la victoria a quien le parezca mejor.

Los dos ejércitos se batían heroicamente y con gran valor mataban y morían. Mas ninguno luchaba como Diomedes; pues como un torrente invernal que en su rápido curso derriba puentes e inunda extensos campos sin que puedan contenerlo diques ni obstáculos,así corría Diomedes entre las filas de los troyanos sin que nadie se atreviera oponerle resistencia.

Pero en cuanto Pándaro, el arquero, vióle venir en triunfo, tendió su arco y mandó a una flecha a su encuentro. La cruel saeta atravesó el

hombro y la loriga de Diomedes se manchó de sangre.

Pándaro, al notarlo, gritó con voz fuerte:

—¡Atacad, bravos troyanos, pues está herido el más fuerte de los griegos y muy pronto lo matará la saeta que se clavó en su cuerpo!

Estas jactanciosas palabras dijo Pándaro, pero Diomedes saltando al suelo desde su carro, dijo al auriga:

—Apresúrate a arrancar de mi hombro esta amarga flecha.

El auriga hizo lo que se le mandaba y de la herida salió la sangre a borbotones.

Entonces Diomedes gritó.

—¡Óyeme, Minerva! ¡Si alguna vez amparaste a mi padre en la batalla, protégeme ahora también a mí y haz que el hombre que me ha herido se ponga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano!

—¡Ten valor, Diomedes!—dijo la diosa al oirlo,—tu ruego será cumplido. Si en la batalla te encuentras con algunos de los dioses, no quie-

ras combatir con ellos; mas si se presenta Venus, hiérela con tu agudo bronce.

Entonces Diomedes volvió a la batalla, y si antes tenía deseos de pelear contra los troyanos, ahora su brío era tres veces mayor, como un león al combatir contra el que lo ha herido.

Diez valientes guerreros cayeron ante el héroe, el cual, apoderándose de los caballos de sus carros, los entregó a sus hombres para que los llevaran a las naves.

Entonces Eneas, capitán del ejército de Troya, e hijo de un guerrero mortal y de la diosa Venus, observó que Diomedes destruía las filas de los troyanos y fué en busca de Pándaro, por entre el estruendo de la lucha y, hallándolo por fin, le dijo:

—¿No puedes matar a ese hombre que está destrozando nuestras huestes?

—Me parece que es Diomedes—contestó Pándaro,—Ya he disparado una flecha que le hirió un hombro, pero no conseguí matarlo; sin duda es un dios irritado. No tengo aquí corceles ni ningún carro, aun cuando en mi tierra dejé once

carros hermosos con sus respectivos pares de caballos, por el temor de que no hallaran pastos en Troya. No tengo, pues, más que el arco para atacar y para defenderme y éste es de poca ayuda, porqué habiéndolo disparado contra Menelao y Diomedes no he podido darles muerte.

—No hables así — contestóle Eneas —antes bíen monta en mi carro, toma el látigo y las riendas y yo me pondré a tu lado para combatir contra Diomedes.

—De ningún modo—dijo Pándaro—coge tú las riendas y guía los corceles, pues estos te conocen y si oían la desconocida voz del que los guiara podrían espantarse y desbocarse. Guía, pues, el carro y los corceles y yo combatiré contra Diomedes.

Subieron entonces al labrado carro y briosamente galoparon los caballos hacia Diomedes. El auriga de éste los vió venir, y dijo:

—¡Prepárate, Diomedes, pues veo venir a dos poderosos guerreros que desean combatir contigo! Subamos al carro y retirémonos, porque podrías perder la dulce vida.

—No me hables así—contestó furioso Diomedes.—No seria propio de mí huir o amedrentarme. En cuanto a estos enemigos, no se me escaparán y si Minerva permite que les dé muerte a los dos, sujeta las riendas de tus caballos al carro, salta sobre los de Eneas y llévalos a los griegos; porque bajo el sol no hay mejores corceles que los suyos.

Cuando Pándaro y Eneas estuvieron más cerca, el primero blandió su broncínea lanza y la arrojó contra Diomedes. La punta del arma atravesó su rodela y llegó muy cerca de la loriga.

—¡Herido estás en el hijar—gritó Pándaro—y no creo que resistas mucho tiempo!

Pero Diomedes, con gran serenidad, le contesto:

—No has acertado.

Y dichas estas palabras, arrojó su lanza que atravesó los dientes, la nariz y la lengua de Pándaro, el cual cayó del carro produciendo gran ruído al chocar sus armas contra el suelo. Y los corceles de ligeros piés espantáronse al ver caer al guerrero.

Entonces Eneas saltó de su carro al suelo y temiendo que los griegos quisieran quitarle el cadáver de su amigo, se dispuso a defenderlo con la furia de un león.

Diomedes cogió una gran piedra y la arrojó a Eneas hiriéndolo en el muslo, pues le rompió el hueso y destrozó la carne. El héroe cayó de rodillas y allí habría perecido, si Venus, al advertir el peligro que corría su hijo, no lo hubiese rodeado con sus brazos y cubierto con un pliegue de su blanco manto. Pero Diomedes saltando de su carro la persiguió y con su lanza la hirió cruelmente en la muñeca. Venus, dando un gran grito, estuvo a punto de dejar caer a su hijo, pero Apolo, que estaba cerca, se la llevó envuelta en una nube.

—¡Retírate del combate, Venus!—dijo Diomedes—¿No te basta engañar a las débiles mujeres?

Entonces se arrojó nuevamente sobre Eneas sin advertir que lo defendía Apolo. Por tres veces quiso darle muerte y otras tantas el dios lo hizo retroceder.

—¿Te atreves a pelear contra los dioses?—exclamó Apolo—¡Ten cuidado, Diomedes!

El guerrero al oir estas palabras, retrocedió. Entonces los dioses empezaron a pelear contra griegos y troyanos, pues Marte, Minerva y Juno combatían entre las huestes de los guerreros.

—¿No os avergonzáis, griegos—gritó Minerva—de ser débiles en el combate? Cuando el noble Aquiles peleaba con vosotros, los troyanos apenas osaban trasponer las puertas de sus murallas pero ahora ya llevan su atrevimiento hasta acercarse a las naves varadas en la playa.

Con estas palabras excitó la furia de los griegos, que prosiguieron el combate con nuevos ánimos.

Entonces la diosa acudió a donde estaba Diomedes y lo halló junto a su carro y sus corceles, curándose la herida que Pándaro le había inferido con su flecha.

—¡Cuán indigno hijo eres de tu padre, Diomedes!—dijo—pues éste, aúnque combatía solo, conservaba siempre su espíritu valeroso. Mas tú,

a pesar de que yo te asisto, te dejas dominar por la fatiga o el miedo.

—No tengo miedo ni cansancio—contestó Diomedes—pero recuerdo que me ordenaste no combatir contra los dioses, exceptuando a Venus, y ahora veo que Marte conduce a los troyanos. Por esta razón he retrocedido y mandado a mis hombres la retirada.

Minerva, la de los brillantes ojos, contestó:

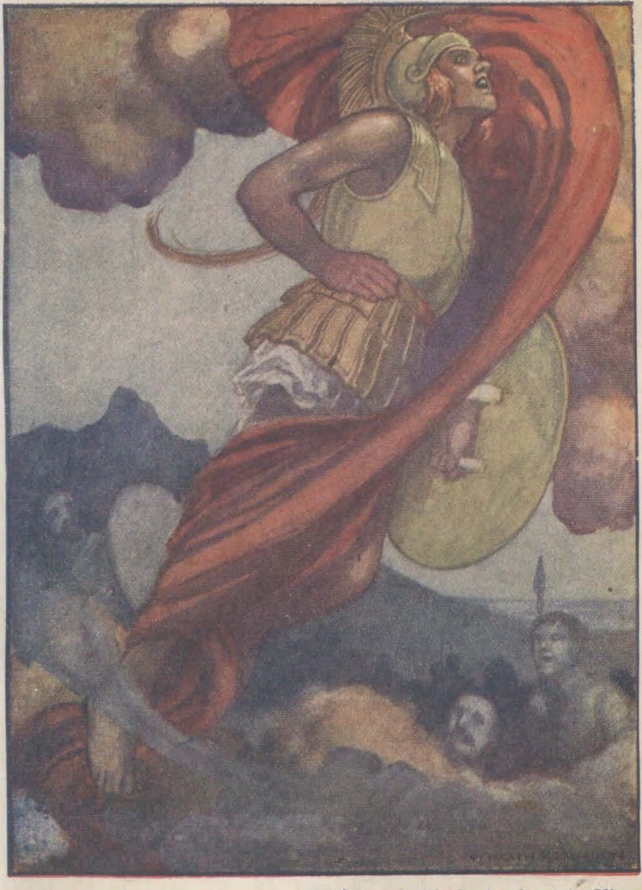
—Diomedes, carísimo a mi corazón, no temas a Marte ni a ninguno de los dioses inmortales porque yo te ayudo. ¡Ea, pues, guía, tu carro hacia Marte y no lo respetes, porque hoy mismo me prometió combatir contra los troyanos y ahora los ayuda olvidando su promesa!

Dichas estas palabras mandó al auriga de Diomedes que le cediera su sitio y la enardecida diosa cogió las riendas y guió los fieros caballos hacia donde estaba Marte.

Éste viendo que se acercaba el carro del héroe sembrando de cadáveres su camino, fué presuroso a su encuentro. Al hallarse a corta distancia, el dios, que deseaba matar a Diomedes, le

arrojó una lanza de bronce; pero Minerva la cogió al vuelo y la desvió. Entonces Diomedes lanzó a Marte su arma y Minerva la dirigió de modo que fuese a herir al dios de la guerra. El férreo Marte clamó cual gritaran nueve o diez mil hombres que estuvieran combatiendo y como tempestuosa nube ascendió por el cielo en dirección al Olimpo,

La batalla continuó enfurecida y muchas fueron las victimas de aquel sangriento día.



Marte, como tempestuosa nube, se elevó por el cielo hasta el monte Olimpo

## CAPÍTULO V

# COLOQUIO DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Héctor se retiró del campo en que tenía lugar la furiosa batalla para ir a la ciudad y al pasar por la encina que crecía en la puerta de Troya, acudieron coriendo las esposas e hijos de los troyanos a preguntarle por sus hijos, hermanos, esposos y amigos; y él, por toda respuesta, les encargó que orasen a los dioses, porque para muchos estaba reservada la desgracia.

Cuando llegó al hermoso palacio de su padre, le salió al encuentro su madre y asiéndolo de la mano, le dijo:

—¿Estás acaso cansado, pues has dejado la

batalla,querido hijo? Aguarda, que te traeré vino para que puedas descansar y adquirir nuevas fuerzas.

—No me des vino, querida madre—dijo Héctor —porque tal vez me haría perder el valor y la fuerza. Prefiero que vayas al templo de Minerva y le ofrezcas sacrificios, rogándole que se apiade de la ciudad de Troya y de las esposas e hijos de los troyanos. ¡Ojalá que aleje de Troya a Diomedes, el feroz guerrero, y en cuanto a Paris así la tierra se lo tragara, porque es una plaga para nosotros!

Siguiendo el consejo de su hijo, Hécuba, que así se llamaba la madre de Héctor, fué, en compañía de otras matronas, madres de héroes a ofrecer sacrificios y a orar al templo de Minerva. Pero la diosa de brillantes ojos no accedió a sus plegarias.

Entre tanto, Héctor empuñando su fuerte lanza de bronce, fué hacia al palacio de Paris. En su cámara lo halló acompañado de Helena, ocupado en acicalar las magníficas armas, escudo y loriga y probando el curvado arco.

Entonces Héctor lo increpó con injuriosas palabras:

Nuestros hombres perecen en la batalla por tu causa—dijo—mientras tú permaneces aquí en cobarde ociosidad. ¡Levántate, no sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces llamas!

—Justos son tus reproches, Héctor;—contestó Paris—precisamente ahora mi esposa me instaba a volver al combate. Espera, pues, que me vista las armas y pronto te alcanzaré.

Héctor no le contestó y entonces Helena le habló:

—Cuñado mío—dijo—aun cuando sea indigna de tal parentesco. ¡Ojalá que hubiera muerto el día en que nací o que los dioses me hubiesen hecho esposa de un hombre más fuerte a quien dolieran los reproches de los hombres! Quédate aquí y reposa, porque ya has sufrido mucho por Paris y por esta desgraciada. Sin duda alguna Júpiter nos dió tan mala suerte para que sirvamos de asunto a los cantos de los hombres venideros.

—No me pidas que me siente, amable Helena,

--contestó Héctor,--porque los troyanos me esperan impacientes y me necesitan. Mejor será que animes a Paris para que me siga. Yo, ahora, voy a ver a mi querida esposa, a mi niño y a los criados, porque ignoro si podré volverlos a ver.

Héctor marchóse entonces y en cuanto hubo llegado a su palacio, no halló en él a su esposa Andrómaca, ni tampoco a su querido hijito.

—¿A donde fué vuestra ama?—preguntó, con ansiedad a las esclavas.

—La verdad es, señor,—contestó una—que llegaron a nosotras nuevas de que los griegos habían alcanzado la victoria. Al saberlo Andrómaca, ansiosa y como loca, fué hacia las murallas para observar lo que ocurría. Allí en la torre la hallarás ahora llorando y lamentándose.

Héctor retrocedió por las calles de Troya y al llegar cerca de las puertas, su esposa Andrómaca corrió a su encuentro.

Mientras los esposos estaban cogidos de la mano, Héctor se volvió y silenciosamente sonrió, al ver a su amado hijo en los brazos de la nodriza.

Los troyanos llamaban al niño Astianacte, que significa «Rey de la ciudad», porque Troya resistía el asedio solamente gracias a los esfuerzos de Héctor.

—¡Desgraciado! tu valor te causará la muerte —dijo Andrómaca a Héctor—no tienes piedad de tu tierno hijo ni de mí, que pronto seré viuda. Mejor sería que, al perderte, la tierra me tragara, porqué si mueres no habrá consuelo para mi dolor, pues no tengo padre ni madre. A mi padre lo mató el divino Aquiles al tomar la fuerte ciudad de Tebas y a mis siete hermanos también les dió muerte el hijo de Tetis. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerada madre, mi hermano y mi esposo. Sé, pues, compasivo, y quédate en la torre. ¡No hagas al niño huérfano y a una mujer viuda!

—Sé muy bien lo que me dices, mujer—le contestó Héctor—pero me avergonzaría ante los troyanos, si, como un cobarde, huyera de la batalla. Por otra parte, siempre supe ser valiente y pelear en primera fila para mantener la inmensa gloria de mi padre y la mía propia. Pero esta

gloria se desvanecerá pronto, pues presiento el día en que Troya caerá en poder de los enemigos. No obstante, toda la desgracia de los troyanos, la de mis padres y la de mis valientes hermanos no me importan tanto como la tuya, cuando algún griego se te lleve llorosa, privada de libertad y vayas a tejer en Argos a las órdenes de otra mujer o a buscar agua, empleada en los humildes menesteres de las esclavas y tal vez, al verte llorosa, alguien exclamará: «Esta fué la esposa de Héctor, el guerrero más valiente de cuantos combatían por Troya». Y tú sentirás un nuevo pesar al verte sin tu esposo que pudiera librarte de la esclavitud ¡Ojalá la tierra cubra mi cuerpo antes de que oiga tu llanto o presencie tu rapto!

Hablando así el valiente Héctor, tendió los brazos a su hijo y éste, gritando, se recostó en los brazos de la nodriza a impulsos del terror que el penacho de crines del casco de su padre le causaba. Entonces sus padres se echaron a reir y Héctor, dejando en el suelo el refulgente casco,

meció y besó a su amado hijo, suplicando al mismo tiempo a Júpiter:

—¡Oh Júpiter! Concédeme que mi hijo sea un valiente guerrero y un poderoso Rey de Troya; que los hombres al verlo volver de la batalla, digan: «¡Es mucho más valiente que su padre!» y que sea al mismo tiempo la alegría de su madre.

Esto dicho, Héctor dejó al niño en los brazos de Andrómaca que lo oprimió contra su seno, sonriendo con el rostro bañado todavía en lágrimas.

Lleno de amor, piedad y ternura, Héctor acarició dulcemente a su esposa y le dijo:

—Querida esposa, no te apesadumbres porque ningún hombre podrá darme muerte antes de lo dispuesto por el destino. Vuelve a casa y distráete con el telar y la rueca y vigila el trabajo de las esclavas. En cuanto a la guerra, tomaremos parte en ella todos los troyanos y yo el primero.

Héctor volvió a cubrir la cabeza con el casco adornado de crines de caballo y la esposa regresó a su casa, volviendo repetidas veces

la cabeza hacia su marido y derramando abundantes lagrimas.

Casi inmediatamente detrás de Héctor iba Paris vestido con brillante armadura que centelleaba a la luz del sol. Andaba gozoso llevado por sus ágiles piés y a la sazón era más hermoso que cualquiera de los mortales. Como noble corcel que ha roto el ronzal y echa a correr por la llanura, irguiendo orgulloso la hermosa cabeza, así Paris recorría el espacio que lo separaba del campo de batalla.

Al alcanzar a su hermano, Paris le dijo:

—Mucho te hice esperar y tal vez estarás impaciente:

—Ningún hombre podrá burlarse de tu valor, —contestó Héctor—porque eres valiente. Pero a veces te abandonas y no quieres pelear; entonces sufro mucho al oir que los troyanos, que por tí tantos trabajos pasan, murmuran de tu conducta. Pero vamos al combate y roguemos a los dioses que los griegos caigan ante nosotros.

Héctor y Paris empezaron a combatir y muchos héroes cayeron aquel día ante ellos.

## CAPÍTULO VI

# SINGULAR COMBATE DE HÉCTOR Y AYAX

MINERVA, la diosa de los brillantes ojos, vió que los dos hermanos mataban a muchos griegos en el terrible combate, y dirigiéndose a su hermano Apolo, le rogó que imaginara un medio para derrotar a los troyanos.

Entonces en el corazón de Héctor infundieron el deseo de suspender la batalla y de desafiar a los más valientes de entre los griegos para que con él combatieran uno a uno, en mortal pelea.

Héctor y Agamenón ordenaron cesar la batalla a sus respectivas huestes y el primero, diri-

giéndose a los griegos, díjoles que eligieran entre ellos el más valiente campeón para combatir con él frente a frente.

—Si consigue quitarme la vida—dijo Héctor, —que me despoje de mis armas para llevárselas a las cóncavas naves y entregue mi cuerpo a los míos para que lo consuma el fuego de la pira. Y si yo lo mato me quedaré con sus armas, pero entregaré su cadáver a los griegos para que puedan erigirle un túmulo en su patria a fin de que los futuros hombres, atravesando el mar en sus naves, digan al verlo: «Esta es la tumba de un hombre valeroso que fué muerto en edad remota por el esclarecido Héctor.»

Al oir sus palabras los griegos guardaron silencio, pues por vergüenza no rehusaban el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo.

Entonces se levantó Menelao, quien lleno de desprecio hacia sus compañeros, les dijo:

—Sois débiles mujerzuelas. Yo me brindo a combatir con Héctor y los dioses concederán la victoria a quien quieran de los dos.

Y empezó a vestirse la armadura, pero Aga-

menón no quiso permitir que se batiera contra Héctor.

—¡No hagas tal locura, Menelao!—dijo.—No quieras luchar con Héctor, que causaba terror al mismo Aquiles, a pesar de ser éste mas poderoso que tú.

Entonces se levantaron nueve campeones deseando combatir contra Héctor, mas para elegir al que debía hacerlo, echaron suertes y fué el designado por el destino Ayax, el gigantesco.

Inmediatamente vistióse la armadura y al avanzar contra su enemigo iba sonriente, pero tenía terrible aspecto como Marte cuando va a entrar en batalla.

Los troyanos temblaron al verlo y aun el mismo corazón de Héctor latió apresuradamente, mientras el gigante con su escudo, grande como una torre, avanzaba hacia él con poderosos pasos.

—Aun cuando Aquiles, que tiene ánimo de león, permanece ahora quieto en su tienda, pronto conocerás, Héctor, que los griegos tie-

nen en sus filas otros poderosos guerreros—gritó Ayax.—Empieza tú.

—¿Soy acaso una mujer o débil niño que nada conoce de las cosas de la guerra?—preguntó Héctor.—Acostumbrado estoy a los combates y a las matanzas de hombres, pero a tí no quiero herirte a traición, sino cara a cara, si puedo.

Entonces Héctor blandió la enorme lanza y la arrojó; el arma fué a atravesar el bronce del escudo de Ayax. Éste tomando impulso arrojó la suya, la cual, atravesando el escudo de Héctor, se hundió en la coraza y rasgó la túnica del héroe que, inclinándose, evitó la muerte. Luego, armóse cada uno de nuevas lanzas y se acometieron como fieros leones. De nuevo Héctor dió en el escudo de Ayax con su lanza, pero la punta del arma no consiguió atravesarlo. Ayax clavó la suya en el escudo de Héctor y la punta hirió el cuello de éste, haciendo brotar la negra sangre. Mas no por eso cesó Héctor de combatir, pues inclinándose, cogió del suelo una piedra erizada de puntas y la arrojó contra el escudo

de Ayax, que resonó sonoramente al recibir el golpe. Éste, a su vez, tomó una piedra mucho mayor y la arrojó con fuerza; fué a dar contra el escudo de Héctor, que se rompió, y chocando con sus rodillas lo derribó al suelo. Allí hubiera perecido si Apolo, con invisibles manos, no lo hubiese levantado. Entonces desenvainaron las espadas y con ellas se habrían atacado de no haber sido separados por los heraldos que interpusieron sus cetros diciendo:

—No peleeis mas, queridos hijos—dijo el heraldo de Troya.—Los dos sois valientes guerreros y amados de Júpiter, pero ya cae la noche y será bueno dejar el combate.

—Que lo diga Héctor, pues él desafió a los más valientes griegos. Si quiere dejar el combate, yo haré lo mismo.

—Los dioses te han dado corpulencia, valor y sabiduría — dijo Héctor. — Ciertamente descuellas entre todos los guerreros griegos. Pero la noche cae y será conveniente suspender la batalla para reanudarla otro día hasta que los dioses decidan de quien debe ser la victoria. Aho-

ra hagámonos magníficos regalos para que griegos y troyanos digan: «Héctor y Ayax combatieron furiosamente, pero se separaron unidos por la amistad.»

Entonces Héctor tendió a Ayax su espada guarnecida con clavos de plata, encerrada en su vaina y sostenida por hermoso ceñidor, y Ayax, en cambio, dióle su tahalí teñido de púrpura.

Así se separaron los dos héroes, y griegos y troyanos se regocijaron al ver volver sanos y salvos a sus respectivos campeones.

## CAPÍTULO VII

# INCINERACIÓN DE LOS CADÁVERES BATALLA DE LA LLANURA INTERRUMPIDA

Los griegos celebraron con grandes fiestas el regreso de Ayax y en cuanto hubieron terminado el banquete, Nestor, el más anciano y sabio de los guerreros, aconsejó que al apuntar el día siguiente se recogieran los cadáveres para incinerarlos en una gran pira.

Pero mientras los jefes griegos celebraban consejo apaciblemente, ante una de las puertas de la ciudad disputaban los caudillos de los troyanos.

—¿Cómo podremos obtener la victoria si hemos quebrantado nuestros juramentos? — dijo

uno de ellos.—Restituyamos a los griegos a la hermosa Helena y todas sus riquezas, y así nos protegerán los dioses.

Pero Paris, muy irritado, le contestó:

—Por fuerza debes de estar loco si piensas lo que has dicho. Con gran placer devolveré las riquezas de Helena y aun añadiré parte de las mías, pero jamás entregaré a mi esposa.

Al día siguiente los heraldos troyanos fueron al campo de Agamenón a darle cuenta del mensaje que llevaban.

—Príamo de Troya y sus caudillos nos mandan decir que entregarán a los griegos, no solamente las riquezas de Helena, sino parte de las suyas, pero que no se avienen a devolver a la hermosa esposa de Menelao. Nos han ordenado también rogaros que se suspenda el combate para quemar los cadáveres y luego volveremos a pelear hasta que los dioses otorguen la victoria a uno de los ejércitos.

Entonces Diomedes exclamó:

—No aceptamos las riquezas que ofrece Paris

ni tampoco a Helena, porque es evidente que los días de Troya están contados.

Los griegos aprobaron las palabras de Diomedes y Agamenón dijo a los heraldos:

—Ya habéis oído la contestación de los griegos. En cuanto a la tregua para quemar los cadáveres, la concedo gustoso.

El sol se había levantado ya en el horizonte arrojando a las tinieblas de los campos de Troya, cuando griegos y troyanos se mezclaron unos con otros y, derramando muchas lágrimas, retiraron los cadáveres de sus guerreros, que quemaron en grandísimas piras.

Luego los griegos construyeron una muralla con altas torres para amparar con ellas las cóncavas naves y a ellos mismos, y cavaron al pié del muro un gran foso profundo y ancho que defendieron con estacas. A la caída de la noche los griegos inmolaron bueyes y se dispusieron a cenar en las tiendas, cuando llegaron de Lemnos muchas naves cargadas de vino. Algunos pagaron el dulce licor con bronce, otros

con hierro, otros con pieles, vacas o con esclavos.

Toda la noche disfrutaron del banquete, y en Troya hacían lo mismo sus habitantes. Pero entretanto, en el Olimpo, estaba Júpiter meditando como podría causarles males, hasta que por fin tronó de un modo terrible que llenó de espanto a todos.

Al día siguiente, cuando la dorada Aurora se extendía sobre la tierra, Júpiter celebró un consejo con los demás dioses y airado amenazó a los que se atrevieran a socorrer a griegos y troyanos.

—Cumpliremos tu voluntad, gran padre Júpiter—contestó Minerva, la diosa de los brillantes ojos.—Pero te ruego que nos permitas aconsejar a los griegos para que no perezcan víctimas de tu cólera.

—Así sea—contestó Júpiter sonriendo a su hija, pues Minerva era la preferida de su corazón.

Entonces Júpiter, vistiendo dorada túnica montó en su carro. Sus ligerísimos corceles de

piés de bronce y áureas crines, partieron gozosos al oir el chasquido del dorado látigo y con velocidad del rayo atravesaron el espacio que mediaba entre la tierra y el estrellado cielo. Pronto llegaron al monte Ida, y Júpiter, descendiendo, rodeó el carro de espesa niebla y se puso a observar a griegos y troyanos que combatían a lo lejos en la llanura.

Aquel día, muy temprano, se atacaron los dos ejércitos y en breve el aire resonó con los lamentos de los moribundos y los gritos de los victoriosos; la tierra estaba empapada con la sangre de los muertos y heridos.

Al medio día, el padre Júpiter tomó una balanza de oro y en cada uno de los platillos puso un peso de muerte, uno para los griegos y el otro para los troyanos. El platillo de los griegos bajó hasta llegar a tierra y mientras descendía, Júpiter mandó un rayo entre los dos ejércitos, cosa que infundió miedo a los griegos, aun a los más poderosos.

Únicamente Néstor, el más anciano de los guerreros, conservaba su acostumbrado valor.

Paris, de un flechazo, habíale muerto un caballo de su carro, pero Néstor, saltando a tierra, desenvainó la espada y empezó a cortar las correas que sujetaban al animal. Estaba ocupado en esta operación, cuando Héctor acudió con su carro y allí habría perecido Néstor, si Diomedes no lo hubiera avisado.

Dando un fuerte grito llamó a Ulises, diciéndole:

—¿A dónde huyes cobardemente, Ulises? Quédate aquí hasta que hayamos salvado a este anciano del feroz guerrero.

Pero el divino Ulises pasó sin oirle, corriendo hacia las cóncavas naves de los griegos.

Entonces Diomedes se puso al lado del anciano Néstor y le dijo:

—Acósante guerreros más jóvenes que yo; tú eres débil, tu escudero tiene pocas fuerzas y tus caballos no son veloces. Monta de prisa en mi carro y verás como son los corceles que quité a Eneas; luego iremos contra Héctor para que conozca el poder de la lanza de Diomedes.

El anciano Néstor obedeció la indicación y

tomando las riendas hizo galopar a los caballos, los cuales, furiosamente se dirigieron hacia donde se hallaba Héctor, y una vez a la distancia conveniente, Diomedes arrojó su lanza. Pero ésta pasó sin herir a Héctor y fué a dar en el pecho de su auriga, el cual cayó muerto al suelo.

A la sazón, sobre los troyanos habría caído la derrota, si Júpiter no hubiese arrojado un ardiente rayo ante los caballos de Diomedes, los cuales, asustados, retrocedieron y se acurrucaron.

—¡Júpiter combate contra tí, Diomedes!—gritó Néstor.—¡Huyamos, pues ningún hombre, por fuerte que sea, puede resistir la voluntad del padre de los dioses!

—Dices la verdad, anciano—exclamó Diomedes—y haré lo que me aconsejas, aun cuando siento en el alma que Héctor pueda decir: «A las naves huyó Diomedes al ver que yo empuñaba mi lanza.» ¡Ojalá que la tierra me trague, si tal dice!

—Si Héctor te llamara cobarde, ningún troya-

no lo creería, ni tampoco las viudas de los hombres que has derribado.

Entonces hizo dar la vuelta a los caballos y emprendió la fuga seguido por las lanzas y dardos que les arrojaban los troyanos.

Y dominando el ruido de la batalla, Héctor gritaba:

—¡Mirad al héroe de los griegos! Ya se ha vuelto una mujer. ¡Anda, tímida doncella!

Diomedes se puso furioso al oir tales palabras. Tres veces quiso volver a pelear, pero otras tantas Júpiter tronó desde el monte Ida para anunciar a los troyanos que la victoria sería suya aquel día.

En vista de ello, Héctor animó a sus hombres para que pelearan valerosamente. Con ellos combatía Júpiter Tonante.

Luego exhortó a sus caballos, diciendo:

—¡Janto, Podargo, Etón y Lampo!, recordad que Andrómaca ha cuidado de vosotros y os ha ofrecido trigo mezclado con vino. Haced un esfuerzo para ver si podemos apoderarnos del es-

cudo de Néstor y de la coraza, fabricada por Vulcano, que lleva Diomedes.

Dichas estas palabras, soltó las riendas de sus corceles y los troyanos lo siguieron en persecución de los griegos que huían ante ellos. Pronto habrían sido incendiadas las naves y terminada la guerra, si Juno no hubiera excitado a Agamenón para que reanimara a los griegos y éstos presentaran batalla a sus enemigos.

—¡Qué vergüenza cae sobre vosotros, griegos!—gritó.—¿Qué ha sido vuestra jactancia?

Y suplicó a Júpiter que concediera la victoria a los griegos.

Su ruego fué oído por Jove, que contestó con un portento, pues a través del cielo llegó una águila con un cervato entre las garras. Dejólo caer sobre el altar de Júpiter, y los griegos, comprendiendo que el ave había sido enviada por el dios, arremetieron contra los troyanos, sin pensar en otra cosa que en combatir.

Entonces se desencadenó de nuevo la furiosa batalla y en ella perdieron la vida muchos héroes.

Teucro, hábil arquero, abrigándose tras el gran escudo de Ayax, disparaba una flecha tras otra sobre los troyanos, que caian mortalmente heridos. Pero en vano disparó contra Héctor, y si bien cada una de las flechas que contra él lanzaba, iba a herir a uno de los guerreros que lo rodeaban, no podía derribar al héroe troyano.

Una de las flechas se clavó en el pecho del auriga de Héctor, y éste lleno de rabia saltó del carro y dando un terrible gritó cogio una piedra y dirigióse hacia Teucro con el propósito de herirlo. Teucro, a su vez, sacó del carcaj una aguda flecha y ya estiraba la cuerda del arco, cuando Héctor le dió con la piedra en el esternón. El arquero perdió la fuerza y cayó sobre sus rodillas, pero Ayax corrió a defenderlo y lo cubrió con su escudo. Luego dos guerreros se llevaron al herido hacia las naves.

Entonces Júpiter infundió nuevamente el valor en el corazón de los troyanos, los cuales empezaron a perseguir a los griegos que, llenos de terror, emprendieron la fuga.

Juno y Minerva compadeciéndose de los

griegos, habrían bajado del Olimpo para acudir en su ayuda, si Júpiter no las hubiese amenazado con terribles castigos si se atrevían a quebrantar sus mandatos.

—Mañana—dijo a Juno—verás espectáculos más terribles, porque Héctor no cesará de matar griegos hasta el día en que Aquiles, el de los piés ligeros, vuelva a combatir contra los troyanos por el cadáver de Patroclo. Así lo ha decretado el hado.

Entonces cayó la negra noche y mientras los troyanos encendían muchas hogueras para disipar la obscuridad, los griegos sentían satisfacción al ver que, por fin, habían conseguido el descanso.

Empuñando su enorme lanza de broncínea punta, Héctor arengó a los troyanos.

—Oídme—dijo. —Hoy esperaba destruir las huestes griegas y volver luego a la ventosa Troya, pero la noche ha llegado demasiado temprano. Ante ella, pues, hemos de inclinarnos y así comamos y demos forraje a nuestros caballos. Durante toda la noche tengamos hogueras encen-

didas para observar si los griegos tratan de huir para el mar. Los heraldos irán por la población pregonando que los adolescentes y ancianos guarden las murallas de Troya, que todas las mujeres enciendan grandes fogatas en sus respectivas casas y que la guardia sea contínua para que los enemigos no entren cautelosamente en la ciudad mientras los hombres están fuera. Mañana, al amanecer, tomaremos las armas para trabar encarnizado combate junto a las cóncavas naves y veremos entonces si el fuerte Diomedes me hace retroceder hasta las murallas de la ciudad, o si yo lo mato con mi lanza y me apodero de sus despojos.

Así habló Héctor y los troyanos lo aclamaron.

Entonces desuncieron los caballos, les dieron forraje y de la ciudad llevaron leña para alimentar las fogatas.

Toda la noche permanecieron en el campo de batalla con los corazones llenos de esperanza y las hogueras ardiendo. Y como en la tranquila noche aparecen las brillantes estrellas en torno de la fulgente luna y a su luz se divisan las mon-

tañas y los valles, en tan gran número eran las hogueras de los troyanos que ardían ante la ciudad, y alrededor de cada una de ellas estaban sentados cincuenta hombres, y los caballos, comiendo cerca de los carros avena y cebada, esperaban la llegada de la hermosa Aurora.

## CAPÍTULO VIII

# EMBAJADA A AQUILES

Mientras los troyanos velaban alrededor de las hogueras, los griegos y su Rey Agamenón, sentíanse agobiados por insufrible pesar.

Entonces Agamenón mandó a los heraldos que en voz baja, convocaran a junta a todos sus capitanes, procurando no hacer el menor ruido.

Luego se sentó tristemente y una vez los llamados hubieron acudido a su presencia, levantóse llorando como fuente profunda que desde altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías a una hondonada en donde nunca dan los rayos del sol.

—Amigos, capitanes y príncipes de los grie-

gos.—dijo—Júpiter tiene duro corazón y en grave infortunio me ha envuelto. Me prometió y aseguró que obtendría la victoria, pero todo ha sido un vergonzoso engaño, pues ahora me manda regresar en las cóncavas naves a nuestro pais y no tenemos otro remedio que hacerlo, porque Troya no caerá nunca en nuestras manos.

Así se expresó y todos sus oyentes guardaron triste silencio.

Entonces se levantó Diomedes, y dijo:

—En cierta ocasión me llamaste cobarde, Agamenón, como saben todos los griegos, jóvenes y viejos. Júpiter te concedió gran poder sobre los demás hombres pero el valor, que es el más grande de los poderes, no te lo ha otorgado. ¿Crees acaso que los griegos son tan cobardes y débiles como tú? Si tu corazón te mueve a regresar, vete. Ante tí tienes tus naves que te esperan. Pero en cuanto a nosotros, los griegos, nos quedaremos hasta destruir la ciudad de Troya. Y si también estos quieren irse, que huyan a su patria y yo, juntamente con mi amigo Es-

ténelo, seguiremos peleando hasta ver el fin de Troya, pues vinimos aquí por mandato de los dioses.

Entonces habló el anciano Néstor:

—Eres valiente en la batalla, Diomedes, y también prudente en el consejo, pero eres todavía joven, pues por tus años podrías ser mi hijo menor. Oidme con atención, pues nadie, ni el mismo Agamenón, debe desatender las palabras de un anciano como yo. El que apetece las luchas y las guerras, vivirá siempre sin familia, sin ley y sin hogar. Ahora preparemos la cena y que los centinelas vigilen al pié del foso que corre ante la alta muralla, porque esta noche se decidirá la ruina o la salvación del ejército.

Agamenón, siguiendo las indicaciones de Néstor, preparó un banquete y una vez terminado, el anciano empezó a aconsejarles, diciendo:

—Júpiter te ha hecho Rey de varias naciones, Agamenón. Por esto debes dar tu opinión y oir la de los demás que pueda serte útil para el gobierno de tus súbditos. Contra mi parecer te llevaste la joven Briseida de la tienda de Aquiles

el día en que hiciste encolerizar al más valiente de tus guerreros. Veamos ahora si podríamos persuadirlo con dulces palabras y agradables presentes, a que, de nuevo, combata en favor de los griegos.

Entonces respondió el Rey de hombres, Agamenón:

—Realmente obré mal en dejarme llevar por mi cólera, y con gran placer corregiré mi falta devolviendo mi amistad a Aquiles, amado de Júpiter. Le ofreceré ricos y espléndidos presentes; gran cantidad de oro, doce caballos veloces y siete hermosas esclavas, hábiles en hacer primorosas labores. Con ellas le entregaré a Briseida y si consiente en venir en nuestra ayuda y conquistamos a Troya, la mejor parte del botín que recojamos será suya. Además lo casaré con una de mis hijas y le daré tierras y ciudades en las que podrá gobernar como Rey.

Inmediatamente eligió a los mensajeros que debían hacer entrega a Aquiles de los presentes que quería ofrecerle.

Estos eran Fénix, caro a Júpiter, el gigantesco

Ayax y el divino Ulises. Dos heraldos los acompañaban a fin de anunciar a Aquiles los nombres de los esclarecidos varones que iban a visitarle.

Fuéronse los mensajeros por la orilla del estruendoso mar, rogando a Neptuno que les facilitara la misión que cerca de Aquiles los llevaba.

Cuando hubieron llegado a las tiendas de Aquiles, lo hallaron deleitándose con una hermosa lira labrada, de argénteo puente, que había cogido entre los despojos al destruir la ciudad de Eetión; y con ella recreaba su ánimo cantando las grandes hazañas de los hombres. A su lado estaba Patroclo callado, escuchando atentamente el canto del héroe.

Entonces entraron los mensajeros precedidos por Ulises y Aquiles. Atónito se levantó sin dejar la lira y Patroclo, al verlos, se puso tambien en pié.

—Bienvenidos seáis, amigos—dijo Aquiles— pues por tales os tengo a pesar de todo.

Diciendo estas palabras, los hizo sentar en sillas cubiertas de purpúreos tapetes y volviéndose a Patroclo, le dijo:

—Saca la crátera mayor y el más añejo de mis vinos y distribúyelo entre los presentes, pues son mis mejores amigos.

Y de este modo, Aquiles ofreció ricos vinos y delicados manjares a los que llevaban el mensaje de Agamenón.

Una vez terminada la fiesta, Ulises le dió cuenta de los deseos de los griegos y le mostró los presentes que le ofrecía Agamenón para que el héroe Aquiles quisiera de nuevo combatir con ellos.

Respondióle Aquiles, el de los piés ligeros.

—Tan odioso como las puertas de la muerte, oh Ulises! me es el hombre que piensa una cosa y dice otra. Te diré, pues, lo que me parece mejor. Mucho he trabajado y esforzadamente combatido por Agamenón. ¿Y qué ganancia me ha proporcionado exponer por él mi vida? Sus presentes me son odiosos. Sin su ayuda puedo ser rico y poderoso. Y además, sé por mi madre Tetis, de argentados piés, que mi vida ha de acabar de una de estas dos maneras: si me quedo a combatir contra la ciudad de Troya, no volveré

a mi patria, pero mi fama será inmortal. Si regreso a mi patria, mi vida será larga, pero perderé mi fama. Yo aconsejo a los griegos que se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque Júpiter no quiere que en sus manos caiga Troya. Conmigo que no cuenten, pues dura todavia mi enojo.

Entonces dijo Ayax:

—Vámonos, pues, Ulises. Nuestra embajada ha sido vana y hemos de anunciar la respuesta de Aquiles a los griegos, aunque sea desfavorable. Cruel eres, Aquiles; en nada aprecias la amistad de tus camaradas ni tampoco el amor que por ti sienten los griegos todos.

—Id al campo de los griegos y publicad mi respuesta. Decid a Agamenón que hasta que los troyanos lleguen a mis naves y a mis tiendas, no levantaré un dedo en favor de Grecia, pero que aquel día se desvanecerá el poderío de los troyanos.

Oyendo estas palabras, los enviados se despidieron de Aquiles y tristemente regresaron a donde acampaban las huestes griegas a las que dieron cuenta de la contestación de Aquiles.

Los guerreros escucharon en silencio y luego Diomedes dijo:

—No nos ocupemos más de Aquiles, pues volverá a combatir cuando su corazón se lo mande. Ahora comamos y bebamos y luego vayamos a dormir; en cuanto la bella Aurora de rosados dedos, aparezca en el horizonte, tendremos nuevas fuerzas y valor y combatiremos gustosos por nuestro Rey Agamenón.

CAPÍTULO IX

# LOS CABALLOS BLANCOS DE RESO

PROFUNDO fué el sueño de los jefes griegos aquella noche, pero el Rey Agamenón no pudo dormir. Acordes de flautas y zampoñas y risas sonoras llegaban del campo de los enemigos que, a la luz de las fogatas, festejaban alegremente. Y cuando dirigía la vista hacia las cóncavas naves y a los dormidos griegos, arrancábase furioso los cabellos y su corazón daba tristes gemidos.

Calzóse entonces las sandalias y se echó una rojiza piel de león sobre los hombros; y empuñando la lanza salió de la tienda para ir a tomar consejo del sabio anciano Néstor

Tampoco Menelao consiguió conciliar el sueño pues temía la derrota de los griegos que, por su causa, habían abandonado la patria para ir a combatir contra Troya.

Cubrió su cabeza con el casco de bronce y sobre las espaldas se puso una manchada piel de leopardo y tomando asimismo una lanza fué a la tienda de su hermano para hablar con él.

Cerca de su nave lo halló vistiendo la magnífica armadura.

—¿Por qué, hermano querido, te armas ahora? —preguntó.—¿Quieres mandar algún compañero para que espíe los movimientos de los troyanos? Temo que ninguno de nuestros hombres sea tan valiente para ir solo, por la noche, a cumplir semejante hazaña.

Agamenón le ordenó entonces que fuese a despertar a los capitanes de las huestes,para que acudieran a celebrar un consejo, mientras él, por su parte, iba a despertar a Néstor, el más anciano de los guerreros.

Mientras pasaban a través de los dormidos hombres, hallaron a los centinelas que, lanza en

mano, daban la guardia como canes que guardan las ovejas de un establo y oyen una terrible fiera que a través de la selva se acerca a ellos dando terribles gritos.

El anciano Néstor que ya se dirigía a la tienda de Agamenón, díjoles con gran contento:

—Vigilad así, hijos míos, no sea que os dejéis vencer del sueño y el enemigo pueda acercarse sin peligro.

En el campo abierto tras el ancho foso que los griegos habían excavado, los reyes llamados a consejo se sentaron para celebrarlo.

Entonces Néstor comenzó a hablar, diciendo:

—¡Oh amigos! ¿No habrá entre vosotros un hombre de corazón tan valeroso que, solo, se atreva a ir al campo de los troyanos, para saber cuales son sus planes de mañana? Si uno hubiese tan atrevido y pudiera regresar sano y salvo, grande sería su fama entre los hombres y grandes también las recompensas que obtendría.

Entonces contestó Diomedes, valiente en la pelea:

—Gustoso iré yo, Néstor, pero si otro hombre

pudiera ir en mi compañía, mayor sería mi valor y mi confianza.

Muchos fueron los que voluntariamente se ofrecieron a ser compañeros de Diomedes, y el Rey Agamenón dijo entonces:

—Diomedes, carísimo a mi corazón, escoge tú mismo a tu camarada.

—Si me mandas que sea yo el que elija—contestó Diomedes,—¿cómo no voy a designar al divino Ulises, cuyo valor es tan grande? Con él volveríamos sanos y salvos aunque tuviéramos que atravesar ardientes llamas, porque su prudencia es mucha.

—No me dirijas alabanzas, Diomedes—dijo Ulises.—Y disponte a marchar sin tardanza porque las estrellas han andado mucho y la Aurora está cerca.

Entonces vistieron los dos sus armaduras y sin más dilación se dirigieron al campo de los troyanos, como dos leones en busca de su presa, pisando cadáveres y armas.

A la sazón se celebraba también en Troya un consejo y Héctor ofrecía grandes recompensas

al hombre que, atravesando la obscuridad, se acercase a las naves de los griegos y consiguiera saber cuáles eran sus planes para la próxima batalla.

Dolón, de ágiles piés y de feo aspecto, pero que era rico en oro y en bronce, se levantó y dijo:

—Gustosamente iré hasta las raudas naves para espiar los planes de los griegos, pero jura antes que me darás los caballos y los carros de bronce de Aquiles.

—Ningún otro troyano será llevado por estos caballos—juró Héctor.

Entonces Dolón tomó su corvo arco y se cubrió los hombros con una gran piel de lobo; púsose en la cabeza un morrión de piel de comadreja, y empuñando un agudo dardo, se encaminó a la orilla del mar.

En la obscuridad, Ulises oyó el ruido de sus rápidos pasos.

—Oye, alguien llega, Diomedes—dijo.—No sé si será un espía que se acerca a nuestras naves o un ladrón que intenta despojar a los cadá-

veres de sus armas o joyas. Dejémoslo pasar y luego nos echaremos sobre él.

Desviándose del camino, se tendieron entre los cadáveres guardando el mayor silencio.

En cuanto Dolón hubo avanzado un poco, echaron a correr tras él y éste, al oirlo, se detuvo pensando que fueran algunos de sus amigos que corrían para llamarlo por encargo de Héctor, pero así que aquéllos se hallaron a un tiro de lanza, conoció que eran enemigos y emprendió veloz carrera.

Pero como dos perros de agudos dientes persiguen un cervato o una liebre que huye ante ellos, así Ulises y Diomedes perseguían a Dolón. Éste había llegado casi al foso en donde daban la guardia los centinelas griegos, cuando Diomedes le gritó:

—¡Alto! pues de lo contrario, mi lanza te dará la muerte.

Entonces le arrojó el arma, pero errando el tiro intencionadamente y ésta se clavó en el suelo después de pasar casi rozando por el hombro derecho de Dolón. Lleno de espanto y cru-

giéndole los dientes, Dolón se detuvo; Ulises y Diomedes se acercaron jadeantes y lo sujetaron fuertemente.

—No me matéis—exclamó Dolón llorando,— os daré un fuerte rescate de oro, bronce y hierro, si me perdonáis la vida.

—Nada temas—dijo Ulises.—Dinos con sinceridad por qué, de noche, te acercas al campo de tus enemigos.

Entonces Dolón, cobardemente y temblando de miedo, les relató la comisión de que estaba encargado, añadiendo que obedecía el mandato de Héctor. Y en contestación a las preguntas de Ulises, les explicó de qué modo estaban dispuestas las fuerzas de los troyanos y cómo podrían entrar fácilmente en su campo.

— Hacia el mar y muy apartados de los troyanos estàn acampados los tracios; Reso es su rey. Sus armas son de oro y su carro también de este metal con incrustaciones de plata, todo ello más propio de un dios que de un mortal. Sus corceles son los más hermosos que nunca ví, de gran

fuerza y altura, blancos como la nieve y ligeros como el viento.

Atentamente escuchaban Ulises y Diomedes y cuando el troyano les suplicó que lo hicieran prisionero en las cóncavas naves, Diomedes lo miró torvamente.

—Importantes son tus noticias, Dolón—dijo, —pero nunca más volverás a espiarnos ni a combatir contra los griegos.

Y antes de que Dolón pudiera pedir gracia, alzó su fuerte espada y de un tajo le cortó la cabeza. Quitáronle el morrión de piel de comadreja, la piel de lobo, el corvo arco y la puntiaguda lanza y alzándolo todo al cielo, el divino Ulises lo ofreció a Minerva. Entonces colgaron los despojos de un tamarisco y los cubrieron con cañas y ramas del árbol para que, al regresar, no les pasara inadvertido el sitio en que estaban ocultos.

Apresuráronse a franquear el espacio que los separaba del campo de los tracios que, rendidos de cansancio, dormían profundamente con las armas en el suelo y un par de caballos junto a

cada guerrero. En medio de ellos dormía Reso, su rey, cuyos ligeros corceles estaban atados con correas a un extremo del carro de plata y oro.

—Mira, ese es el hombre y esos los caballos de que nos habló Dolón—dijo Ulises.

Y entonces empezó la matanza.

Como un sangriento león acomete a un rebaño de ovejas cuyo pastor está ausente, así Diomedes daba muerte a los tracios, hasta que mató a doce. Sucedíanse los horribles gemidos de los que perdían la vida a los golpes de su espada y la sangre enrojecía la tierra. Ulises los apartaba del camino para que los caballos de Reso pudieran pasar fácilmente, pues como no estaban acostumbrados a pisar cadáveres, temía que se asustaran.

El décimo tercero en morir fué el mismo rey Reso, el cual, al perder la vida, dió un suspiro, pues los dioses le habían mandado un desagradable ensueño. Entonces Ulises sacó a los caballos del campo, aguijándolos con su arco, porque carecía de látigo.

Ulises dió luego un silbido para avisar a Diomedes de que dejara de matar gente y lo siguiera con su botín real. Diomedes no se decidía a marcharse, dudando si sería mejor llevarse el carro del Rey o matar más tracios. Mientras vacilaba se le apareció Minerva y le dijo:

—Regresa a las cóncavas naves, Diomedes, antes de que otro dios despierte a los troyanos y tengas que emprender precipitada fuga.

Y en efecto, entonces Apolo despertó a un pariente de Reso, el cual comenzó a lamentarse al ver el gran número de muertos y moribundos que a su alrededor estaban, y al observar que habían sido robados los caballos del Rey.

Pero Diomedes y Ulises habían ya montado los blancos corceles y tan ligeros como la nívea espuma en las crestas de las encolerizadas olas, atravesaron las obscuras sombras de la noche hacia donde estaban las cóncavas naves.

Al llegar al tamarisco en donde habían colgado los sangrientos despojos de Dolón, Diomedes saltó al suelo y cogiéndolos los entregó a Ulises. Luego montó de nuevo y pican-

do a los caballos, prosiguieron velocísima carrera.

El ruido de los cascos de los caballos al chocar contra el suelo llegó a oídos de Néstor y precipitadamente reunió a los capitanes griegos para recibir a Diomedes y Ulises.

Entonces los dos héroes llegaron y ligeramente echaron pie a tierra, siendo recibidos con gran alegría por sus camaradas.

Y cuando hubieron oído el relato de la muerte de los tracios y cómo se apoderaron de los caballos de Reso, Ulises, riendo, condujo a los corceles a través del foso y los colocó en el mismo establo en que se hallaban los demás caballos de Diomedes. Luego los dos héroes se metieron en el mar para lavarse el abundante sudor de sus piernas, muslos y cuello, y una vez limpios, sentáronse a la mesa y sacando una crátera llena de vino dulce como la miel, lo bebieron en honor de Minerva.

Entretanto, en el campo de los troyanos se oían tristes lamentos por lo que había acontecido durante la tercera guardia de la noche.

## CAPÍTULO X

# BATALLA EN LA LLANURA

PASÓ ésta y a la pálida Aurora empezó la furiosa batalla, en la que se hicieron grandes proezas.

Entre todos los guerreros se distinguió por sus hechos Agamenón, pero contra él combatían los dioses, y al medio día él y muchos guerreros griegos, gravemente heridos, se vieron obligados a abandonar el campo de batalla.

Una flecha disparada por el arco de Paris hirió a Macaón, hábil médico de los griegos, cosa que les infundió gran temor de que tan sabio médico muriese y no pudieran así curarse las heridas recibidas en la batalla.

El anciano Néstor tomó a Macaón en su carro y al galope de sus caballos lo condujo hacia la orilla del mar.

Sentado cabe la popa de su nave, estaba Aquiles observando desde lejos la batalla y los hechos de sus amigos y camaradas. Deseando entonces tener más detalladas noticias, mandó a su fiel amigo Patroclo a la tienda de Néstor para adquirirlas y para preguntar el nombre del guerrero herido.

Néstor habló a Patroclo con irritadas palabras.

—¿Qué le importa a Aquiles el nombre de los griegos heridos? Muchos jefes griegos han derramado hoy su sangre, pero Aquiles, a pesar de su valentía, no se ocupa de sus amigos ni se apiada de ellos. ¿Has olvidado, Patroclo, aquel día en que tu padre te habló de tí mismo y de Aquiles? *"Hijo mío"* te decía *"Aquiles te aventaja por su nacimiento y por su valor. No obstante, es más joven y te recomiendo que le aconsejes cariñosamente cuando de ello tenga necesidad y te obedecerá para su propio bien."*

Ahora, Patroclo, deberías persuadir a Aquiles para que tomara parte en la batalla, pero si no quiere, dile que te preste sus armas para que los troyanos, al verlas, huyan ante tí creyendo que Aquiles vuelve a combatir por los griegos.

Así habló Néstor y conmovió el corazón de Patroclo, el cual, rápidamente, volvió hacia la nave de Aquiles.

La batalla era más furiosa a medida que iban transcurriendo las horas. Los troyanos llegaron hasta las murallas construídas por los griegos y allí los atacaron sin hacer caso de la lluvia de piedras que sobre ellos caía.

Ante las puertas había una piedra tan grande que dos hombres forzudos no hubieran conseguido alzarla y cargarla en un carro, pero Héctor la movió fácilmente, gracias a que uno de los dioses la volvió ligera, y con poderoso empuje la arrojó contra las puertas. Rompiéronse ambos quiciales y la piedra fué a dar en el interior; crujieron las tablas y como no ofrecieron bastante resistencia, cada uno de los batientes de la puerta se fué por su lado. Héctor entonces

saltó al interior con los ojos llameantes y lleno de ardimiento. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido detenerlo, y tras él siguieron todos los troyanos. Entretanto, los griegos se refugiaron en las cóncavas naves y se promovió gran confusión.

Cerca del mar combatía Ayax y a su alrededor se congregaron los griegos formando poderosa muralla de hombres, dispuestos a morir por el honor de su querida patria.

Como enorme piedra que cae de una cumbre y desciende rebotando con ruido espantoso que resuena en el bosque, tronchando todo lo que a su paso halla, y va por fin a detenerse en la llanura, así avanzaba Héctor matando siempre y amenazando no detenerse hasta llegar a las naves griegas. Pero antes topó con las falanges enemigas y ante ellas hubo de detenerse, después de haber sostenido formidable choque. Ante él caían a montones hombres mortalmente heridos, cuyos lamentos se mezclaban al horroroso fragor de la batalla, antes de que la negra noche cegara sus ojos.

—¿Crees acaso poder saquear estas naves?—gritó Ayax a Héctor.—Los dioses, y no los hombres, son causa de lo que sucede. Te aseguro que no transcurrirá mucho tiempo antes de que Troya caiga en nuestras manos, y tú mismo ruegues a Júpiter que tus caballos sean más ligeros que los gavilanes, cuando emprendas la fuga a través de la dilatada llanura.

Entonces contestó el esclarecido Héctor:

—Eres un fanfarrón y deslenguado, pero me importan poco tus palabras porque el día de hoy será funesto para los griegos, y tú también, Ayax, morirás si tienes la osadía de aguardar mi larga lanza. Ésta te dará la muerte y serás pasto de los perros y de las aves de rapiña.

Entretanto, el Rey Agamenón estaba en su tienda agobiado por la tristeza y los reyes, que a su alrededor se hallaban, le aconsejaron que mandara botar las naves a la mar, para emprender precipitada marcha.

—No es vergonzoso huir de la ruína—dijo él.

Pero Ulises y Diomedes protestaron con energía de las cobardes palabras de su Rey.

—Más vale volver al campo de batalla, aunque estemos heridos—dijo Diomedes,—pues por lo menos, daremos ánimos a los demás.

Obedecieron todos sus palabras y con ellos salió Agamenón. Y de nuevo, durante todo el día, continuó la mortífera pelea. Tan pronto llevaban la ventaja los troyanos como los griegos, sin que la victoria se decidiera finalmente por ninguno de los dos ejércitos combatientes.

Por último, el fuerte Ayax lanzó una enorme piedra contra Héctor y éste cayó a su empuje. Como viene a tierra el roble arrancado de raiz por el rayo de Júpiter, así cayó Héctor, y los troyanos se apresuraron a retirarlo del campo de batalla, mientras él daba profundos suspiros y vomitaba negra sangre.

Entonces los griegos atacaron con mayor ardimiento e hicieron retroceder a los troyanos.

Héctor yacía casi moribundo en el suelo, pero a la sazón, el divino Apolo fué, por mandato de su padre, a infundirle gran vigor y nuevas fuerzas.

Gracias a ello, Héctor se levantó dotado de la

fuerza de diez hombres y, de nuevo, guió a los suyos tan acertadamente, que los griegos empezaron a retroceder otra vez.

Patroclo, en su tienda, estaba curando a un amigo herido, cuando vió que los griegos eran derrotados y entonces se dijo:

—Es necesario que me apresure a presentarme ante Aquiles. Ha llegado la ocasión de que se decida a tomar parte en la batalla.

## CAPÍTULO XI

# MUERTE DE PATROCLO

MIENTRAS ambos ejércitos sostenían enconada lucha al lado de las cóncavas naves de negra proa, Aquiles, desde su tienda, escuchaba impasible el ruido de la batalla mirando fríamente como los griegos caían sobre la ensangrentada tierra.

Entonces se presentó Patroclo ante él, vertiendo abundantes lágrimas.

—¿Por qué lloras, Patroclo? — le preguntó Aquiles.—Pareces una niña que va con su madre y deseando que la coja en brazos, tira de su vestido y la mira llena de lágrimas.

Entonces dando un profundo suspiro, Patroclo contestó:

—Entre las naves yacen los mejores y más valientes griegos, gravemente heridos o muertos. Implacable eres, Aquiles, despiadado y rencoroso. Pero si no quieres tomar parte en la batalla, te ruego que, por lo menos, me des tus armas y tu corcel y así tal vez los troyanos me confundirán contigo y la victoria será finalmente de los griegos.

Entonces contestó Aquiles, muy apesadumbrado:

—Los griegos me arrebataron mi bien ganado botín, pero dejemos lo pasado porque no es posible guardar siempre la cólera en el corazón. He dicho que hasta que los troyanos llegaran a incendiar mis propias naves no tomaría parte en el combate; pero no obstante, consiento en lo que me pides. Toma mis armas, conduce a mis hombres a la batalla y haz que los troyanos se alejen de las naves de los griegos. Y retrocede luego, dejando a los demás el cuidado de hacerlos huir a través de la llanura.

Mientras Aquiles hablaba, Ayax, completamente extenuado, ya no resistía y, con furioso

empuje, los troyanos se precipitaban hacia las naves. En sus manos llevaban encendidas antorchas que arrojaron a uno de los bajeles y pronto se extendió sobre él inextinguible llama.

Entonces Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

—¡Apresúrate! están incendiando las naves. Vístete y yo, entre tanto, reuniré a mis hombres.

Patroclo vistió la armadura de brillante bronce. Colgó de su hombro una espada guarnecida de clavos de plata, embrazó un grande y fuerte escudo y se cubrió la cabeza con un hermoso casco, cuyo penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera y tomó además dos fuertes lanzas.

Luego montó en el carro de Aquiles y, Automedonte, el más hábil de los aurigas, se dispuso a guiar los caballos.

Ligeros como el viento del Este eran Janto, Balio y Pédaso, los corceles de Aquiles,

Éste reunió a sus hombres que, con gran con-

tento, tomaron las armas y se dispusieron a combatir como lobos.

—Muchas veces me acusásteis de cruel al impediros que tomárais parte en la batalla contra los troyanos—dijo Aquiles—pero ahora os devuelvo la libertad para que podáis batiros furiosamente como es vuestro gusto.

Acudieron, pues, a lo mas recio del combate y mientras marchaban, Aquiles, en su tienda, ofreció un sacrificio a Júpiter.

Esparciéronse los guerreros como las avispas al ser molestadas por los muchachos y Patroclo que los guiaba, los iba enardeciendo para que se portaran valientemente en la refriega.

A los pocos instantes la espada de Patroclo, mató a un poderoso guerrero troyano y cuando sus compañeros vieron a Patroclo que vestía la brillante armadura del héroe y que iba montado en el carro de éste, creyeron que realmente era Aquiles, y sintieron gran pánico.

Fácilmente fueron rechazados los troyanos, el fuego extinguido y la batalla se desarrolló a mayor distancia del foso, que estaba casi

lleno por los cadáveres de hombres y caballos. Pero los corceles de Aquiles franquearon tal obstáculo y Patroclo hizo huir a Héctor hasta llegar a las murallas de Troya. Luego hizo dar la vuelta al carro, y advirtiendo a los troyanos fugitivos, les cerró el pasó, obligándolos a retroceder hacia las naves. Ante la furiosa acometida de sus rápidos corceles, otros caballos cayeron y otros carros volcaron aplastando en su caída a varios hombres. Patroclo iba sembrando la muerte entre muchos jefes y aquel día, gran número de hombres perdieron la vida ante él.

Únicamente uno de los jefes troyanos conservó su valor ante el guerrero que vestía las armas de Aquiles.

—¡Oh, qué vergüenza, troyanos!—gritó Sarpedón a sus hombres—¿A dónde huís? ¡Yo iré al encuentro de este hombre que siembra la destrucción y la muerte entre la hueste troyana!

Entonces saltó de su carro empuñando las armas y Patroclo, al verlo, hizo lo propio.

Patroclo arrojó la lanza y no dió a Sarpedón,




La punta de la lanza pasó volando sobre el hombro izquierdo de Patroclo

pero en cambio mató a su auriga. Inmediatamente Sarpedón arrojó su arma que tampoco dió en el blanco, pero derribó al suelo al caballo Pégaso. Éste cayó profiriendo un agudo relincho y coceando al perder la vida. Los otros dos caballos del carro forcejeando para separarse de su compañero muerto, se enredaron las riendas y crugió el yugo. Pero Automedonte saltó al suelo, cortó con su espada los tirantes que retenían el cadáver de Pédaso y los otros dos caballos se tranquilizaron en seguida.

Entretanto, los dos héroes combatían furiosamente uno contra otro. Sarpedón arrojó otra lanza contra Patroclo, la cual pasó rozándole un hombro. Patroclo, entonces, lanzó la suya, y no inútilmente, porque el arma atravesó el corazón de su contrario, el cual cayó como el árbol que con afiladas hachas cortan los leñadores, y rechinando los dientes y cogiendo con las manos el ensangrentado polvo, dió el último suspiro.

Entonces se trabó terrible combate sobre el cadáver de Sarpedón y varios guerreros perdieron la vida ante las acometidas de Patroclo.

Y más terrible todavía era la lucha en las filas de los troyanos, en las cuales combatía entonces rabiosamente el dios Apolo.

Nueve hombres, todos guerreros famosos, mató Patroclo y enardeciéndose con ello, pretendió escalar las murallas de Troya.

Tres veces lo hizo retroceder Apolo y cuando por la cuarta reanudó el ataque, el dios increpóle con aterradores voces:

—Retírate Patroclo, pues el hado no ha dispuesto que la ciudad de los troyanos sea destruída por tí ni por Aquiles que tanto te aventaja.

Contra Patroclo guió entonces Héctor sus caballos, pero aquél, saltando de su carro, cogió una piedra y la arrojó contra su enemigo y si bien no le dió, derribó en cambio a su auriga, el cual cayó al suelo moribundo.

—¡Qué hombre tan ágil!—exclamó Patroclo burlonamente—¡Con cuánta facilidad ha dado una voltereta desde el carro al suelo!

Entonces Héctor saltó de su carro, y fué al encuentro de Patroclo y el ruído de su lucha fué

semejante al del huracán que en el bosque derriba a los gigantescos árboles.

Al ponerse el sol, la victoria quedó por los griegos. Patroclo acometió tres veces a los troyanos y en cada una mató por su mano a nueve hombres. Pero cuando se disponía a atacar por cuarta vez, Apolo le salió al encuentro. Mas Patroclo no vió al dios, el cual, cubierto por densa niebla, le dió un fuerte golpe en la espalda, entre los anchos hombros y le quitó el casco que rodó con ruido hasta los piés de los caballos. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, se le rompió en la mano la larga lanza que empuñaba y el ancho y poderoso escudo cayó ruidosamente al suelo. Y antes de que pudiera divisar al enemigo, un troyano le clavó la lanza entre los hombros y Patroclo, gravemente herido, retrocedió.

Cuando Héctor advirtió que Patroclo se alejaba herido, llegóse a él y le hundió en el cuerpo su lanza de bronce y el héroe cayó con estrépito.

—¡Te jactaste de que saquearías mi ciudad!—

gritó Héctor.—¡Ya lo ves, ahora tu cuerpo va a ser pasto de los buitres!

Con débil voz contestó Patroclo:

—No eres tú, gran Héctor, el que me ha vencido, pues a veinte guerreros como tú habría yo dado muerte. Los dioses me han derribado y te has aprovechado solamente de lo que ellos hicieron antes. Pero fíjate en lo que voy a decirte. Tampoco vivirás largo tiempo, pues la Muerte está a tu lado.

Y dichas estas palabras, la muerte lo cubrió con su manto y sus oídos no oyeron más el fragor de la batalla.

CAPÍTULO XII

# AQUILES TOMA PARTE EN EL COMBATE

UNA vez muerte Patroclo, aumentó el ardimiento de los dos bandos y combatieron con más furor que antes, si tal cosa era posible.

Héctor lo despojó de las armas de Aquiles y los troyanos quisieran haberse llevado el cadáver a la ciudad para profanarlo y avergonzar a los griegos; pero éstos, con ánimo de impedirlo, siguieron combatiendo con fiereza hasta que la tierra estuvo empapada en sangre y los cielos resonaron con el estruendo de la batalla.

Entonces se presentó ante Aquiles el mensajero Antíloco, de veloces pies, para darle cuenta de la suerte de Patroclo.

—¡Patroclo ha muerto!—gritó—y alrededor de su desnudo cuerpo, combaten griegos y troyanos, porque Héctor lo ha despojado de sus armas!

Aquiles, al oir estas palabras, profirió un doloroso lamento. El héroe cogió ceniza con ambas manos y la derramó sobre su cabeza, y luego tendiéndose en el polvo se arrancó los cabellos. Su madre, la diosa Tetis, oyó los lamentos de su hijo desde su palacio submarino y saliendo de las profundidades acuáticas acudió a él, rogandole que le refiriera el motivo de su pesar.

Aquiles le dió cuenta de la muerte de su amigo y Tetis, la diosa de argentados piés, le dijo:

—No se gloriará Héctor mucho tiempo de poseer la armadura que te perteneció porque la muerte se le avecina. No vayas a la batalla hasta que yo vuelva trayéndote una hermosa armadura fabricada por Vulcano.

En cuanto Tetis se hubo marchado, apareció ante Aquiles, Iris, la hermosa mensajera de los dioses, y le dijo:

—Los troyanos van a llevarse a la ciudad el cadáver de Patroclo, a menos que tu te mues-

tres ante los enemigos de los griegos. Apresúrate, pues, porque, de lo contrario, llegarías tarde para impedir la profanación del cadáver de tu amigo,

Entonces, completamente desarmado, Aquiles dirigióse hacia el foso que corría fuera de la muralla y allí se detuvo sin mezclarse con los griegos, respetando el mandato de su madre. Luego profirió un gran grito y al oir la voz del héroe se esparció el terror entre los troyanos que retrocedieron enseguida hacia la ciudad. Entonces los griegos retiraron el cuerpo de Patroclo, y Aquiles derramó ardientes lágrimas sobre su amigo, al que había enviado a la batalla.

Y aquella noche, en la mansión de los inmortales, resonó el ruido del martillo sobre el yunque, pues Vulcano, dios del fuego, estaba ocupado en la construcción de las nuevas armas de Aquiles.

Sacaba del fuego duro bronce, plata y oro, y dos estátuas de áureo metal, semejantes a vivientes jóvenes, ayudaban a su señor a manejar

los grandes fuelles para avivar el fuego sobre los crisoles llenos de metal en fusión.

Ningún hombre llevó escudo mas hermoso que el construido por Vulcano para Aquiles.

Hizo también una coraza más brillante que las llamas y un casco con dorado penacho.

A la mañana siguiente, Tetis se precipitó a la tierra desde lo alto del nevado Olimpo, llevando en sus manos el espléndido trabajo del dios del fuego.

Gran contento sintió Aquiles al vestir la espléndida armadura, y terrible fué su grito de guerra al convocar a los héroes griegos. Ningún hombre, aun los que habían recibido graves heridas, dejó de acudir a su llamada, para trabar nuevamente el combate. Agamenón que también estaba herido, acudió asimismo, y aquel día, al salir el sol ante muchos guerreros que ya no combatirían más, después de la próxima batalla, hablaron amistosamente Aquiles y Agamenón ya disipada su cólera.

Deseosos de combatir a las órdenes de Aquiles, los griegos atacaron a los troyanos en la



Construcción de las armas de Aquiles

llanura. Como el voraz incendio se ceba en todos los árboles del bosque, mientras sus llamas son impelidas por el huracanado viento, así Aquiles, rechinando los dientes, con los ojos centelleantes y el corazón traspasado por el dolor que le causara la muerte de su amigo y lleno de ira contro los troyanos, destrozaba a sus enemigos con poderoso empuje.

Éstos, al huir, acercáronse a la corriente del río Escamandro,pero no se libraron por eso de la acometida de los griegos, y en gran número cayeron a la corriente tiñendo de rojo las aguas del río.

Aquiles era implacable y derribaba con sus fuertes armas un héroe tras otro y los hacía caer en la corriente del Escamandro, cuyas aguas eran del color de la púrpura.

Por fin, el poderoso río se irritó al observar su crueldad.

—Llena está mi corriente de cadáveres y todavía sigues matando—dijo al héroe.

Pero Aquiles no hizo ningún caso y entonces, para contenerlo, la furiosa corriente saltó sobre él, arrojándole cadáveres y tratando de derri-

barlo. Pero mientras las olas chocaban irritadas contra su escudo, Aquiles asióse con ambas manos a un olmo corpulento; más el río, arrancándolo de raiz, lo hizo caer entre la corriente. Aquiles, amedrantado, emprendió entonces veloz carrerra por la llanura, pero las furiosas olas lo persiguieron y por fin lo alcanzaron.

Aquiles, al verse en peligro, imploró a los dioses y en su ayuda llegó Minerva, gracias a la cual, el héroe pudo perseguir de nuevo a los troyanos hasta que éstos se encerraron en la ciudad.

Desde ella el anciano Príamo, Rey de Troya, contemplaba tristemente las hazañas de Aquiles y cuando este se acercó, vistiendo su armadura que brillaba cual las estrellas del firmamento, Héctor movido por la desesperación quiso salir a su encuentro y combatir con él.

Pero Príamo temiendo que muriera en su empresa, exclamó:

—Héctor, amado hijo mío, te ruego que no te batas con ese hombre que es mucho más poderoso que tú.

Su hijo no quiso hacer caso de las palabras de

su padre, pues entre todos los troyanos era el único que conservaba su valor. Entonces Hécuba, su anciana madre le rogó asimismo que no luchara con Aquiles, pero aquel no retrocedió y apoyando el terso escudo en una torre, esperó a llegada del héroe.

No obstante, al verlo llegar, Héctor temblando de miedo, dejó el lugar en que se hallaba y huyó espantado. Aquiles empezó a perseguirlo y viendo Minerva que con igual ligereza corrían los dos, sin que Aquiles pudiera dar alcance a Héctor, tomó la forma de un hermano de éste y poniéndose a su lado le ofreció ayuda para combatir contra Aquiles.

Héctor, reanimado, se detuvo para luchar contra su enemigo.

Aquiles blandió y arrojó el primero su fuerte lanza, pero Héctor al verla venir, se inclinó para evitar el golpe. Clavóse el arma en el suelo y recogiéndola Minerva la devolvió a Aquiles, sin que Héctor se percatara de ello.

Éste arrojó a su vez la lanza y no erró el tiro, pues fué a dar contra el escudo de Aquiles.

Luego, no disponiendo de otra, Héctor desenvainó la espada y arremetió furiosamente contra Aquiles que combatía con la lanza. Después de algunos instantes de lucha, el héroe griégo clavó su arma en el cuello de Héctor y éste cayó al suelo mortalmente herido.

—¡No permitas que los perros devoren mi cadáver junto a las naves griegas! Entrégalo a mis parientes para que lo lleven a mi casa y los troyanos lo pongan en la pira—dijo.

Pero Aquiles no quiso acceder a este ruego del moribundo, y en cuanto hubo exhalado el último suspiro, lo despojó de sus armas y entregó el cadáver a sus hombres que, en tropel, acudieron al lugar de la lucha. Los griegos ataron el cadáver a la cola de los caballos que partieron arrastrándolo hasta las naves griegas, mientras desde las murallas, su madre y su esposa Andrómaca contemplaban el horrible espectáculo.

La guerra continuó todavía durante doce días, al cabo de los cuales, el anciano Príamo llegó al campo de los griegos y arrodillándose a los




La sombra de la Muerte se extendió sobre Héctor

pies de Aquiles, le rogó que tuviera piedad y le devolviera el cadáver de su hijo.

Aquiles se conmovió y accedió a la súplica del anciano, mediante un fuerte rescate. Y con grandes lamentos de hombres y mujeres, el pueblo de Troya recibió el cadáver del divino Héctor.

Sobre él lloró su madre, pues de todos los hijos que tenía, aquél era el más querido.

Andrómaca también, sosteniendo la cabeza inerte de su esposo, dió comienzo a sus lamentaciones, exclamando:

—¡Esposo mío! Has muerto joven y me dejas viuda. Nuestro hijo no llegará, probablemente, a la juventud, porque antes la ciudad será arrasada. Tú eras el defensor de los troyanos que ahora van a ser llevados a las cóncavas naves de los guerreros y yo con ellos. ¡Oh, desgraciado hijo mío, que tendrás que ejercer viles oficios por haber muerto tu padre en temprana edad!

También ante su cuerpo lloró Helena y dijo:

—¡Oh, queridísimo hermano mío! Nunca me

dirigiste ni una palabra desagradable. He perdido a mi mejor amigo y ya no habrá en Troya quien sea bueno para mí, pues todos me detestan.

Entonces colocaron el cadáver de Héctor sobre la pira funeral y en cuanto las llamas hubieron consumido su cuerpo, colocaron sus blancos huesos en una urna de oro y sobre ella erigieron un altísimo túmulo, para que todos pudieran ver el lugar en que estaba enterrado.

A pesar de la muerte del caudillo de los troyanos, no terminaba la guerra entre éstos y los griegos.

Aquiles murió de un flechazo disparado por Paris. Éste, a su vez, murió herido por una flecha disparada al azar durante la noche por un aventurero, y mientras el monte Ida estaba cubierto de nieve, dió el último suspiro en brazos de Helena.

Llegó un día en que los griegos incendiaron su campo, y embarcándose, emprendieron el regreso a través del mar.

En la playa dejaron un enorme caballo de

madera y, al advertirlo los troyanos, lo in
jeron en la ciudad como trofeo de la victori
canzada. Pero dentro del caballo estaban oc
tos los más valientes guerreros de Grecia, y durante la noche, mientras los troyanos festejaban alegremente, salieron de su escondrijo y abrieron las puertas.

Entonces regresaron las huestes griegas y pasaron la ciudad de Troya a sangre y fuego.

Helena no murió. Menelao, su primer esposo, se la llevó a su patria y reinó felizmente con aquella mujer que había acarreado la muerte y el dolor a tantos guerreros y a la ciudad de Troya desgracia inmensa.